LA ESCALERA

Lucy Valiente

LA ESCALERA

Lucy Valiente

LA ESCALERA

Lucy Valiente

Nota al texto

Esta obra es una novela corta centrada en un romance heterosexual en época contemporánea con elementos de fantasía, y se dirige a un público adulto, abierto a contenido sensible como puede ser el sexual o la violencia de cualquier tipo.

A ti, lector, por haberme animado y por haber escogido esta historia entre tantas otras. De corazón espero que te guste.

ÍNDICE

Baviera, año 2046

Nadie solía querer acercarse a aquella casa, y mucho menos de noche, pero Leyna no tenía otra opción. Trepó la verja que daba acceso al jardín, saltó al otro lado y, aunque se hizo daño en un tobillo al caer, siguió avanzando lo más deprisa que pudo. Si Adler la atrapaba, esa vez estaba segura de que no iba a salir con vida.

Leyna escuchó su nombre y también que si no volvía con él, entraría allí a por ella. Confiaba en que Adler estuviera mintiendo, pero de todos modos necesitaba esconderse. Aunque no había luz alguna encendida, la luna brillaba lo suficiente como para permitirle avanzar sin tropezarse con nada hasta la parte de atrás de la casa, donde halló una entrada secundaria.

Se detuvo para estudiar su alrededor. No había más cobijo que el bosque, e internarse en él suponía arriesgarse a una caída, perderse o algo peor. Solo la desesperación la había llevado a allanar aquella propiedad, y eso mismo hizo que la idea de meterse en la casa no le pareciese tan descabellada como en cualquier otro momento.

Así que cuando escuchó unos pasos que se acercaban, cubrió su mano derecha con su chaqueta y rompió de un puñetazo el cristal de la puerta, mientras le pedía a un dios en el que no creía que el dueño de la casa no estuviera allí dentro. Al otro lado, la recibió una oscuridad digna de la boca de un lobo, solo rasgada por una luna que le permitió entender que estaba en una cocina.

Cerró la puerta, le puso a esta una silla delante y corrió a buscar un escondite. Solo dio con otra puerta que esperaba llevase a una alacena o algo similar, pero se encontró con el inicio de un pasillo y una negrura absoluta. Trató de ver qué había más allá mientras se debatía consigo misma, porque seguir internándose en la casa podía ser peor que dejarse atrapar.

Entonces, escuchó cómo forcejeaban contra la silla. Quiso moverse, pero su cuerpo no le respondió a tiempo. Adler entró en la cocina y la agarró de un brazo, golpeándola con el otro en la cabeza mientras la insultaba. Ella le suplicó que parase y le aseguró que no volvería a contrariarle de ningún modo, sin embargo, él le dio un

puñetazo tan fuerte en el estómago que le cortó la respiración.

Leyna cayó al suelo y esperó las patadas, pero estas nunca llegaron. Por un segundo creyó que esa vez Adler la había perdonado, hasta que le pareció que él se estaba ahogando y apartó los brazos de su cara. Allí, de pie, había alguien más, que tenía al joven agarrado del cuello con una mano. Soltó a su presa y todo se quedó en silencio, y el alivio que sintió Leyna la sumió en la confusión, pues realmente no estaba a salvo.

—¿Qué haces en mi casa? —preguntó la voz de un hombre.

Ella intentó hablar, pero solo le salió un balbuceo.

—¿Qué hago contigo ahora?

—No se lo diré a nadie —aseguró Leyna—. Lo juro. Por favor, no me haga daño.

—Deberías dejar de suplicar.

Ella se incorporó para sentarse y el esfuerzo la hizo llevarse una mano a la barriga. Cuando el desconocido se le acercó, se encogió por acto reflejo, preparándose para otro golpe, pero lo único que él hizo fue agarrarla de los brazos y ponerla en pie con suma facilidad. A pesar de su miedo y del cadáver de Adler, a ella le agradó el aroma que desprendía aquel hombre.

—Respira, niña. Tu corazón no me deja pensar.

—¿Es que lo oyes?

Él no contestó. Leyna tomó aire, lo soltó todo, y se fijó en el bulto del suelo que había sido la peor decisión de su vida. Y siguió esperando, pero a cada segundo que pasaba estaba más convencida de que ya no tenía nada que temer.

—Me desharé de tu novio —dijo.

—No es mi novio —protestó ella.

—Bueno, lo que sea. Y tú vas a mantener la boca cerrada. Si no lo haces, le haré lo mismo a todos tus seres queridos.

—No tienes que amenazarme. Ya te he dicho que no lo contaré.

—¿Y pretendes que te crea?

—Soy una mujer de palabra. De todos modos, no tengo a nadie. Mis padres murieron, soy hija única y mis amigas me dieron de lado por culpa de este animal.

Él se quedó callado. La oscuridad seguía sin permitir que Leyna apreciara otra cosa de aquel hombre que el hecho de que era bastante más alto que ella.

—¿Por qué me dices eso? ¿Eres estúpida?

—¿Por qué?

—Si nadie te echará de menos, ¿qué me impide librarme también de ti?

El pulso de Leyna se aceleró de nuevo.

—¿Para qué me has salvado, entonces?

—No lo he hecho —dijo él con desdén—. Solo tenía hambre. Y sigo teniéndola.

Ella sabía que no tenía ninguna oportunidad, pero intentó huir de todos modos. Eso era lo suyo, al parecer. Él la atrapó enseguida y la rodeó por detrás con sus brazos, acariciándole el cuello con su aliento.

—No he dicho que puedas irte —susurró.

—Por favor.

—¿Qué te he dicho de suplicar?

—Has matado a Adler. No puedo hacer otra cosa.

—Eso no es cierto. Puedes serme útil.

—¿Cómo? —preguntó Leyna de forma incondicional.

—¿Sabes que he tenido a una mujer trabajando aquí durante años?

—Sí. Era amiga de mi abuela.

—Pues necesito a alguien que la supla.

La soltó y se fue directo a cerrar la puerta de la cocina. La luz de la luna dibujó unos rasgos que a Leyna le resultaron bellos, a pesar de

todo.

—No vamos a fingir que tienes opción —dijo él—. Tú has venido hasta aquí.

—¿Quiere que me quede aquí toda la vida? ¿Haciendo qué?

—Sirviéndome —contestó él como si fuese algo evidente.

Ella intentó averiguar lo que quería saber sin tener que preguntarle a aquel hombre directamente, pero ni siquiera podía ver a dónde estaba él mirando.

—Eso es lo primero en lo que pensáis —se burló el desconocido.

—¿Quiénes? ¿Y qué es lo que pienso?

Él dio un paso hacia ella y Leyna retrocedió otro paso.

—He dicho servir, no prostituirte. ¿En serio estamos discutiendo tus obligaciones? ¿No te ha quedado clara la alternativa? Contesta de una vez. Quiero desayunar en condiciones.

—¿No puedes darme un poco de tiempo para pensarlo?

Él resopló.

—¿Qué tienes que pensar?

—¿De verdad vas a matarme si no acepto?

—No puedo dejarte ir.

Leyna recordó lo sola que se sentía desde hacía años, en su pequeño piso compartido y en el súper al que tantas horas le había dedicado, y en que no le importaba abandonar esa vida y el negro futuro que la esperaba con ella. De hecho, era todo lo contrario. Pero ¿cómo podía quedarse para siempre con alguien que le haría daño si ella le llevaba la contraria, después de lo que había sufrido junto a Adler?

El desconocido volvió a moverse y Leyna volvió a retroceder. Ella le escuchó abrir un cajón y buscar algo dentro, y poco después, él prendió una cerilla para encender un candil y Leyna por fin pudo conocer su cara. Muy moreno y velludo y con unos penetrantes ojos almendrados, ella nunca antes había visto a un hombre más guapo, aunque lo mismo pensó cuando conoció a Adler.

—Ven conmigo —ordenó él.

Salió de la cocina por el pasillo inmerso en la oscuridad. Lo primero que llamó la atención de Leyna fue una puerta con un enorme candado, y tembló al imaginar qué podría haber tras ella. El desconocido siguió hasta el que debía de ser el vestíbulo de la casa, que contaba con dos puertas, una que daba a un salón bastante amplio y otra a un comedor con una mesa muy larga, y también había allí unas anchas escaleras que ascendían.

—Lo primero que debes tener claro es que no puedes subir —dijo él—. Nunca. Bajo ningún concepto.

—¿Ni por una emergencia?

El desconocido negó con la cabeza. La luz del candil creaba suaves sombras en su rostro que le conferían un aspecto aún más atractivo, y Leyna se riñó en secreto por pensar aquello.

—Esta planta eres libre de recorrerla. Y también el sótano. Allí están las reservas para mis comidas.

—¿Reservas?

—Antes tienes que firmar algo.

El corazón de Leyna, una vez más, se había instalado en su garganta. Una voz interna le decía a qué se refería él cuando hablaba de comer, estaba bastante claro, pero semejante conclusión era de locos y algo mucho más propio de libros y películas que de la vida real.

Había un segundo pasillo por el otro lado de las escaleras, que conducía hasta dos puertas. Una de ellas, según dijo él, era una habitación que Leyna podía utilizar para dormir. La otra daba acceso a su despacho, a donde entraron los dos, una estancia repleta de libros, gruesas carpetas y objetos varios pero perfectamente ordenada y limpia.

Él se acercó a las carpetas, cogió una y la puso sobre un escritorio de aspecto tan antiguo como valioso. Dentro había varios fajos de papeles, y el desconocido sacó el primero y se lo pasó a ella. Al leer el título, Leyna volvió a mirar la carpeta y un escalofrío la recorrió.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Las que han sido necesarias. Siéntate y léelo. Si quieres añadir alguna cláusula, me lo dices. Soy abogado y también notario.

Ella ocupó una de las dos sillas que enfrentaban el escritorio y el desconocido se sentó en la otra. En el primer párrafo de aquel contrato descubrió el nombre de él: Mikah Boer. Cuando intentó pronunciarlo, Mikah esbozó una sonrisa que parecía capaz de borrar cualquier acto reprobable.

—No está mal, pero puedes llamarme Miguel. ¿Y yo a ti?

—Leyna.

El contrato no solo la comprometía a ella, también a él. La complació ver que especificaba que su nuevo jefe no podía abusar de su persona de ninguna manera, aunque había una salvedad: si ella subía al piso de arriba. Y sus obligaciones se resumían en discreción y cuidar de la casa y de él, por lo que percibiría un sueldo bastante generoso. Pero no podría salir jamás de los límites de aquella propiedad.

—Entonces, nunca podré tener una vida.

—Si no hubiera intervenido, seguramente ya no la tendrías.

Leyna vio en sus bonitos ojos cómo esperaba que ella dijera que sí. Hacía casi medio año que Marlene había fallecido, por lo que él debía de estar ansioso por contar con una nueva criada. No era por nada más. La había ayudado para eso. No le importaba la vida de ella más allá de la utilidad que pudiera tener para la suya propia.

Leyna leyó de nuevo el contrato sabiendo que solo estaba postergando lo inevitable. No quería morir y además, en su situación actual, era preferible firmar aquello aunque con el tiempo probablemente acabara arrepintiéndose. Aceptó la pluma que Mikah le ofreció y que quizás costase más que todo cuanto poseía en el mundo.

—¿Y qué pasa con mis cosas?

—Puedo conseguirte lo que quieras esta misma noche.

—Me refiero a cosas que tengo de mis padres. Además, ¿no tendría que avisar de que me voy?

—¿No me has dicho que no tienes a nadie?

—Bueno, vivo con dos chicas.

Lamentó enseguida sus palabras, viéndolo tensar la mandíbula y cómo sus ojos se endurecían.

—Las puedo llamar —dijo, sacando su móvil de la chaqueta—. Les contaré que me he tenido que ir porque Adler me ha amenazado de muerte y que un amigo va a recoger mis cosas.

—¿Te refieres a mí? ¿Me has visto cara de trabajar en una empresa de mudanzas?

—Por favor. No son muchas cosas. Al menos, tráeme la caja marrón que tengo en el armario. O puedo ir yo y así me despido de ellas en persona.

—De eso nada. Las vas a llamar y luego me darás ese móvil. Venga.

—¿Ahora?

Mikah se reclinó en la silla y se cruzó de brazos, mirándola con gran seriedad. De cualquier forma, así o sonriendo, era guapo a rabiar. La pregunta de si Marlene se habría enamorado de él, o alguna de las otras criadas, cruzó la mente de Leyna y ella se maldijo. De ningún modo pensaba caer otra vez.

—Y diles que preparen todo en una maleta, que mañana irá alguien a por ella.

Leyna le dio las gracias a pesar de las circunstancias, y también por haberle salvado la vida. Él no insistió en que no lo había hecho, ni dijo nada, solo clavó los ojos en el móvil. Ana estaba la primera en las llamadas, después de Adler, así que Leyna la llamó a ella.

—¿Dónde estás? —preguntó Anna—. Te toca sacar la basura.

No tenía mucho sentido a esas alturas, con el cadáver de Adler a solo unos metros de distancia y su propia suerte pendiendo de un hilo, pero la indiferencia de su compañera de piso le dolió más que nunca. Y es que le demostraba que a nadie le importaba si ella se moría o se quedaba encerrada en aquella casa.

—No voy a volver —repuso.

—¿Qué? ¿Y el alquiler?

A Leyna se le hizo un nudo en la garganta, y sentir la mirada de Mikah clavada en ella, pendiente de que no dijera nada que no debía, no la ayudó en absoluto.

—Tengo un dinero ahorrado. Os lo pasaré en estos días. No puedo volver porque Adler me ha amenazado y…

—¿Vas a dejarle por fin? No me lo creo.

—Sí. Voy a hacerlo. Y me gustaría saber si podéis meter mis cosas en mi maleta y…

—¿Nos dejas tiradas y encima quieres que hagamos algo por ti? Mira, ven tú a por lo que sea. Nosotras estamos muy ocupadas. Pero no tardes mucho que mañana mismo ya estoy poniendo un anuncio. Entiéndelo, Karla y yo no podemos pagar solas el alquiler.

—Te he dicho que os mandaré dinero. Es suficiente para el mes que viene.

—¿Y el resto de los meses? Ahora no es buen momento para dar con alguien. Ya está todo el mundo colocado.

—Lo siento, pero no puedo seguir. Por favor, solo…

Mikah le arrebató el móvil y se lo puso en la oreja.

—Mañana irá alguien a por las cosas de Leyna —dijo de una forma que no admitía réplica, o al menos eso le pareció a ella—. Silencio. Si no está todo listo y como debe ser, os aseguro que no tendréis que preocuparos más por cómo pagar el alquiler, porque no podréis volver a hacerlo. ¿Me has entendido?

Esperó la respuesta adecuada antes de cortar la llamada y estrujar el móvil con su mano. Acto seguido, volvió a ofrecerle su carísima pluma a Leyna.

—Firma de una vez. Empiezo a estar de mala leche.

Ella no podía seguir resistiéndose, y al regresar el contrato y la pluma, la embargó una paz tan extraña como intensa. Había cargado durante años con una mochila llena de preguntas sobre el devenir, y de repente solo existía una posibilidad. Acababa de perder su libertad, sí, pero ya no tenía que preocuparse por otra cosa que no fuera aquella casa y el hombre que se hallaba delante de ella, no mientras cumpliese unas normas que estaban claramente dispuestas.

Mikah estampó su propia rúbrica y a Leyna la suya le pareció un feo garabato de niña de preescolar. Luego se puso en pie, guardó el contrato y la carpeta y le indicó a su nueva criada que lo siguiera.

Retrocedieron sobre sus pasos hasta la puerta con el candado. Entonces, él se quitó del cuello una cadena de la que pendía una única llave de hierro, de esas como de casa antigua o castillo.

—Toma —dijo—. Abre la puerta.

Leyna rozó su mano al coger aquel particular colgante. Había esperado que su piel se sintiera fría, como seguía esperando ver sus largos colmillos, pero no difería de la de cualquier persona. Se riñó por pensar esas tonterías, y tanto tiempo tardó en obedecer que él protestó.

—Lo siento.

Fue a usar la llave, pero Mikah le dio un tortazo a la puerta que le provocó a ella un fuerte respingo.

—Solo te lo diré una vez: abandona esa actitud condescendiente. Y menos aún la emplees cuando tengo hambre.

Leyna se quedó mirándolo sin saber qué decir para no errar de nuevo. Él recorrió su rostro con los ojos y descendió hasta su cuello, donde palpitaba desquiciado su corazón. Todo lo que ella creía saber sobre lo que creía que sucedía, a pesar de que tenía claro que era un sinsentido, le provocó el impulso estúpido de dejar que él hiciera lo que parecía querer hacer. Y eso mismo, esa locura, la obligó a centrarse en la llave y en el candado.

Pero todavía podía sentirse más tonta. Se había esperado encontrar algo horrible en aquel sótano, una mazmorra con personas en jaulas o similar, y cuando la luz le reveló una sala pintada de blanco con una enorme nevera en el centro, la asaltó la decepción. Aunque aún podía haber un cadáver allí dentro.

—Esta será tu tarea principal —dijo Mikah, abriendo la nevera.

A Leyna le entraron ganas de salir corriendo, pero también pensó «¿esto es todo?». Allí solo había como un centenar de bolsas de transfusión, perfectamente colocadas en cajas sin tapa.

—Tienes que encargarte de que la reserva esté siempre llena y de servirme las comidas a las horas estipuladas.

—¿Y cómo hago lo primero?

Mikah no contestó y Leyna dejó de mirar las bolsas para mirarlo a él, pero no fue capaz de evitar que sus ojos huyeran. Aquellas bolsas le gritaban que sus pensamientos sí tenían sentido y ella seguía deseando ofrecerse, muy a su pesar, pero, por fortuna, él no parecía poder leerle el pensamiento.

—Todas las semanas viene un camión con una caja nueva —dijo Mikah, acercándose a una de las esquinas de la estancia para iluminar una especie de ventana. Pulsó un botón y apareció un hueco de oscuridad—. La llevas a la cocina y desde allí la bajas hasta aquí, por este montacargas. Luego colocas su contenido en la nevera. Sencillo. Y nunca dejes la puerta del sótano abierta, ¿entendido? Ni el momento que estés colocando.

—¿Por qué no enciendes una luz?

—Esa es otra de tus tareas —le recordó él.

—Ya, pero no lo entiendo. ¿Tienes una nevera pero no hay ninguna lámpara?

—La luz eléctrica me molesta. El camión también traerá las velas. Son para ti, así que ponlas solo donde vayas a estar tú.

Leyna tuvo que morderse la lengua para no preguntarle si veía en la oscuridad.

—¿Y por qué está aquí la nevera? ¿Es ilegal tener esto en casa?

—Hace demasiado ruido.

Cogió dos bolsas, se las pasó a ella y cerró la nevera, antes de indicarle que subiera las escaleras en primer lugar. Una vez arriba, se encaminó hacia el comedor y dejó allí a Leyna, sola en mitad de aquel pasillo oscuro, con sangre humana en una mano y un candil en la otra. Decir que le resultó una estampa surrealista habría sido quedarse corto.

Aunque su escepticismo aumentó cuando se vio, como desde otros ojos, ignorando el cuerpo de Adler mientras volcaba el contenido de ambas bolsas en un plato hondo. Colocó el plato en una bandeja y le puso al lado una servilleta, y sobre ella, una cuchara. No sabía si añadir un vaso también, pero lo hizo por si acaso. Respiró hondo antes de levantar la bandeja y se dirigió hacia el comedor con la mirada

alta, sin dejar de repetirse que no iba a caérsele por el camino.

Mikah estaba sentado en una de las cabeceras de la mesa y había encendido la vela de un pequeño candelero. La luz permitió que Leyna viese sus ojos, fijos en ella, y a punto estuvo de traicionar su mantra. Dio gracias cuando logró poner la bandeja en la mesa, aunque todavía le quedaba acercarse a él para colocarle el plato por delante.

—Espero que te acostumbres pronto —dijo Mikah.

Leyna se llevó una mano al pecho, como si así pudiera acallar el concierto de su interior. ¿Por qué se sentía de aquel modo? Estaba siendo ridícula. Ya tenía casi treinta años, no era ninguna adolescente.

—¿Qué hago ahora? ¿Me voy?

Él cogió la cuchara y la metió en el plato para remover un contenido que, en aquella penumbra, parecía una sopa de tinta de calamar.

—¿No vas a preguntarme qué me sucede? ¿Si estoy loco o algo así?

—Es posible que sea yo la loca —murmuró ella.

Mikah esbozó una sonrisa. Leyna apartó la vista de él y esperó a que contestara.

—Dime qué piensas.

Ella le vio llevarse la cuchara a la boca y tragar aquello, y le taladró la pregunta de si él se sentiría satisfecho de ese modo. Pero no podía pronunciarla, ni esa pregunta ni muchas otras que, como una niñata sin conciencia ni pizca de entendimiento, se hacía una y otra vez. ¿Es que no había aprendido con Adler?

—Si fuera lo que parece, ¿no debería ser un secreto?

—¿Y qué parece?

Se le veía divertido, pero también sonaba como si la retase. Entonces, Leyna pensó otra tontería más: ¿con cuántas personas habría tenido Mikah aquella misma conversación y qué le habrían respondido? ¿Qué podía decir ella que él no hubiera escuchado ya?

—La verdad es que eso no me resulta tan interesante como saber la razón por la que estás aquí solo.

La luz y la propia expresión de Mikah le impidió deducir si había conseguido sorprenderle, pero su silencio le resultó bastante revelador.

—¿No hay nadie más como tú? —insistió.

Él bajó los ojos y se tomó otra cucharada de sangre.

—Había.

Ella se acercó a una silla y, como Mikah siguió centrado en su plato, tomó asiento. Subió ambos brazos a la mesa, juntó las manos y miró a su jefe con atención. Este no tardó en levantar la vista ni en sonreír con autosuficiencia.

—¿Qué pretendes?

—Quedan aún dos comidas —le recordó Leyna—. De alguna manera tendré que mantenerme despierta.

—¿Te olvidas de la casa? Lleva meses sin atención.

—Me encargaré mañana, cuando haya dormido.

Él comió otro poco y ella intuyó que no estaba dispuesto a contarle nada más.

—Al menos, dime qué haces aquí todo el día. Bueno, toda la noche.

—¿Te refieres hasta que tu novio y tú me habéis molestado?

—¿Por qué te enfadas?

—¿Yo?

—¿Por qué eres tan cruel, si no?

—Tú no tienes ni idea de cómo soy —masculló Mikah—. Fuera de aquí. Y no vuelvas a tomarte atribuciones que no te corresponden.

Leyna arrastró la silla al levantarse y él enseguida se tapó los oídos.

—¿Cuándo vas a quitar eso de la cocina? No volveré a servirte hasta que lo hagas.

Mikah intentó intimidarla con los ojos y ella se prohibió bajar los suyos. Ni él quería pleitesía ni Leyna podía tratarlo como a había tratado a Adler. Pero, por fortuna, la tensión no duró demasiado: Mikah soslayó una sonrisa y retomó su cena.

—Aprendes rápido —dijo.

Una agradable mezcla de alivio y orgullo envolvió a Leyna, tan agradable que por un instante, fugaz pero intenso, se creyó capaz de todo.

—¿Por qué no me quieres hablar de ti? Si vamos a vivir juntos…

—¿Tengo que repetirte que eres mi criada?

—Eso no tiene nada que ver. No en este caso.

—¿Ah, no?

—No puedo contárselo a nadie. Y ¿qué pretendes, que no hable ni siquiera contigo?

—¿Por qué debería importarme eso?

—Porque te pongo de comer. ¿No deberíamos llevarnos bien?

Él se echó hacia atrás en la silla y pestañeó un par de veces muy seguidas.

—¿Cómo te tenía tan sometida?

Más orgullo y otro instante.

—Me convenció de que no podía hacer nada por mi cuenta. De que no valía nada sin él. Pero ahora está muerto, él es el que no vale nada, y nosotros hemos firmado ese contrato. No vas a hacerme daño.

Mikah la miró de arriba abajo y el pulso de Leyna se amotinó, pero por la razón equivocada. No importaba cuánto se repitiera que sí que debía tenerle miedo a su jefe, que un papel no era un escudo, que era cierto que no lo conocía en absoluto y que el deseo que él le provocaba solo podía acabar mal; como el agua de lluvia en la tierra seca, la certeza de que con Mikah estaba a salvo la había calado hondo.

—Sigues siendo mi criada —dijo él, aunque no pareció tan convencido esta vez.

—Las personas demostramos nuestro valor por cómo tratamos a nuestros inferiores.

—¿Y quién te ha dicho que me importa ser un mal señor?

—¿Sabes? Creo que te esfuerzas porque piense que lo eres.

—Y yo creo que tú te esfuerzas por lo contrario. ¿Es que te gusto? ¿Es eso?

Leyna se quedó tan cortada que casi fue como gritar que él tenía la razón.

—Entiendo. Eres una cría.

—¿Qué? De eso nada. No es cierto en absoluto.

Mikah sonrió de tal manera que a ella le entraron unas ganas enormes de abofetearlo. Se terminó el contenido del plato y se puso en pie.

—Me voy a mi despacho a hacer lo que hago cada noche y que no es de tu incumbencia. No me molestes hasta la siguiente comida.

Ella le miró con odio mientras se alejaba, aunque sabía que lo mejor era ignorarlo, que así solo se dejaba a sí misma en evidencia.

—¿Y lo de la cocina? —preguntó cuando ya no veía a su jefe.

Lo único que escuchó fue un portazo.

Al poco de quedarse sola, Leyna empezó a notar que tenía algo de sueño. No en vano, se había levantado a las seis de la mañana y ya era casi la una del día siguiente. En la casa no había televisión ni nada parecido, al menos en aquella planta, así que se fue al salón, cogió un libro de la librería y se sentó con él en uno de los sofás.

Pero lo sucedido esa noche, la penumbra y lo cómodo que era su asiento no tardaron en conseguir que se tumbase. Cerró los ojos solo un segundo, y al siguiente, vio a Mikah a su lado.

—Yo…

—¿Me vas a dar una excusa? Ya estás tardando en servirme.

—¿Puedo irme después a la cama? Solo esta noche. No voy a aguantar hasta la próxima comida.

Él se incorporó y abandonó la estancia sin contestar. Cuando Leyna entró en la cocina y vio que Adler ya no estaba allí, decidió probar a despedirse tras llevarle el plato. Esperó que la retuviera hasta el último momento, hasta que cerró tras de sí la puerta de la que sería su habitación de ahí en adelante.

Se había imaginado una estancia de reducidas dimensiones, aspecto humilde y llena de las pertenencias de Marlene. Sin embargo, era tan grande como dos o tres veces su antiguo cuarto, el mobiliario nada tenía que envidiar al que había visto en el resto de la casa, y cajones y armario estaban vacíos, incluso la cama no tenía más que una colcha echada por encima. Y contaba con baño propio.

Pensar en que su jefe había arreglado aquella habitación solo alimentó su necesidad de creer que no compartiría su vida con un desalmado. Quizás aquello significase que Marlene había sido importante para Mikah, a pesar de ser su criada. Leyna no pudo evitar preguntarse cuánto, ni tampoco cómo de cercanos habrían sido los dos, y si por esa razón él no quería ninguna relación personal con ella.

En el baúl situado a los pies de la cama encontró sábanas y mantas. Hizo la cama a toda prisa y se metió en ella sin quitarse la ropa. Normalmente dormía desnuda, pero estaba demasiado cansada y además no se sentía segura del todo. Habían sido muchas emociones para una sola noche, y una parte de ella seguía pensando que en cualquier momento podía tener que salir corriendo de nuevo.

Despertó con la habitación inundada de luz natural. El reloj de la mesilla estaba parado, pero parecía que era más de medio día. Sentía un hambre exagerada para la situación, aunque llevaba desde el pasado almuerzo sin probar bocado, y se dio cuenta de que era la primera vez en meses que había dormido de un tirón.

El cuarto de baño solo tenía un poco de polvo y había una bañera que se le antojó probar, pero como no contaba con nada limpio que ponerse, se fue a la cocina aunque tampoco esperaba encontrarse con algo comestible. Sin embargo, sobre la encimera había dos bolsas, y dentro de ellas vio pan de molde, queso, verdura, fruta, carne y pescado envasados al vacío, y también algunos vestidos, ropa interior y zapatos.

Sacó un vestido y enseguida miró hacia el rincón en el que había acabado Adler. Era un vestido precioso que le quedaría por encima de la rodilla, un vestido que él nunca le hubiera permitido llevar. Lo cogió junto con unas bragas y un sujetador y se lo llevó de regreso al cuarto de baño.

Hacía años que no entraba en una bañera y se quedó en el agua hasta que esta se puso fría. Luego se tumbó en la cama sobre la toalla, clavando la mirada en el techo, y se preguntó qué habría en el piso de arriba. Sí, sabía que sobre todo era porque no podía subir, pero sentía tantas ganas de hacerlo que tuvo que obligarse a levantarse.

Aunque el sujetador le quedaba algo pequeño, el vestido le sentaba como un guante y además era amarillo, su color favorito. Se cepilló el cabello con las manos y fue de nuevo a la cocina para hacerse un sándwich, y luego, como Mikah estaba durmiendo, se tomó la libertad de utilizar el comedor. Al pasar por el vestíbulo, no pudo evitar que los ojos se le fueran escaleras arriba.

Mientras devoraba su sándwich, revisó su alrededor con la mirada. Llegó a la conclusión de que tendría que hacer una limpieza a fondo de cada habitación. Eso le llevaría una semana como mínimo, y después se encargaría del jardín, que parecía ser lo menos urgente a juzgar por el uso que Mikah le daba.

Cuando terminó, fue al despacho a buscar papel y lápiz. Sintió que estaba invadiendo el espacio de su jefe, pero ni él le había prohibido entrar allí ni lo estipulaba el contrato. Y como Mikah estaba

durmiendo, se sentó en el sillón a escribir sus planes de limpieza. Hizo dibujos, incluso, calculando el tiempo necesario y también los recursos. Entonces, se percató de que no había mirado con qué productos de limpieza contaba.

Chasqueó la lengua cuando no fue capaz de dar con una gota de lejía ni nada parecido. Solo había una pastilla de jabón junto al fregadero, como en el cuarto de baño. Pero le llamó la atención ver la cantidad de botes de vinagre que se guardaba en la alacena. Algo había oído de que se podía usar para limpiar, y echó de menos tener su móvil para comprobarlo, porque si no solucionaba aquello, iba a perder ese día.

Salió al exterior para terminar de planear su trabajo. El jardín estaba bastante peor de lo que le había parecido por la noche, y no tenía ni idea de cómo iba a ocuparse ella sola de él. ¿Podría contratar a alguien? No, seguro que Mikah arquearía una ceja si se lo planteaba. Rodeó la casa buscando alguna herramienta, pero se topó primero con una enorme piscina que parecía un lago de lo oscura y salpicada de hojas que estaba el agua, y dio las gracias cuando comprendió que en su huida se podía haber caído dentro si hubiera escogido aquel lado.

Encontró un pequeño cobertizo que albergaba algunas cosas útiles, aunque nada eléctrico. Resultaba evidente que Mikah era muy sensible a los ruidos de motores y no aceptaría la presencia de ninguna máquina, pero eso significaba que poner en orden aquella zona le costaría a Leyna mucho más que hacerlo con el interior de la casa.

Regresó al despacho y escribió todo lo que creía precisar para el jardín. De esa manera, tuvo más que claro que necesitaba la ayuda de alguien. ¿Cómo iba ella a podar los setos? ¿A cortar el césped? ¿A limpiar el camino que llevaba al tendedero? ¿Y la piscina? ¿No habría que vaciarla y cepillar el fondo y todas sus paredes?

Se recostó en el asiento y lanzó un hondo suspiro. Entonces, captó el aroma de Mikah en el cuero y se dejó llevar un solo segundo antes de reñirse e incluso insultarse a sí misma. Devolvió la pluma a su sitio, cogió su plan y de nuevo fue a la cocina a buscar algún producto de limpieza. Pero de nada sirvió, así que agarró un cepillo, un cubo con agua y la pastilla de jabón y empezó a limpiar la encimera.

Preguntándose estaba si tendría que hacer algo parecido con la ropa, porque aún no había visto ninguna lavadora, cuando sonó un timbre. Dio tal respingo que se le cayó el cepillo al suelo. Esperó,

como si se lo hubiera imaginado, pero el timbre volvió a sonar. Se acercó al vestíbulo con cautela y espió por la mirilla de la puerta: había un hombre alto y con semblante muy serio, de pie junto a un bulto azul.

—Buenos días, señorita —dijo él en cuanto ella abrió la puerta—. Aquí tiene sus cosas.

Y, sin más, se dispuso a marcharse.

—Espere, ¿puedo preguntarle algo?

El hombre tardó un segundo en girarse de nuevo para mirarla. Ella leyó en su rostro, como si estuviera escrito, que dudaba de que pudiera ayudarla.

—¿Sería posible conseguir algún producto de limpieza? Me vale con una botella de lejía.

Él no parecía haberse esperado aquello. Se metió la mano en la chaqueta, sacó un móvil y llamó a alguien.

—El proveedor dice que no es posible, pero que traerá más de lo de siempre.

—¿Y qué es?

Él se encogió de hombros.

—Vendrá en una hora. Puede usted preguntarle lo que quiera.

Leyna quería plantearle lo de la ayuda para el jardín, pero debía hablarlo antes con Mikah y seguro que aquel hombre le decía eso mismo.

—¿Algo más, señorita?

—No —contestó ella cogiendo su maleta—. Muchas gracias.

Él se encaminó hacia la valla que delimitaba la propiedad. Cuando Leyna le vio cruzar la verja como si tal cosa, reparó en que ella bien podría hacer lo mismo, y si no se le abría por alguna razón, podría saltarla como por la noche. ¿Qué se lo impedía? ¿Un papel? ¿El miedo a que Mikah la persiguiera y acabase con su vida?

Se llevó la maleta a su habitación, la puso sobre la cama y la abrió para revisar el interior. Allí estaba su caja marrón y parecía que

habían metido todo lo demás, incluso su cepillo de dientes y la ropa sucia que se había dejado en el cesto del cuarto de baño. La cogió junto con la que se había quitado antes de bañarse y se la llevó consigo a la cocina.

Siguió limpiando la encimera, y cuando acabó, lavó todos los platos, vasos y cubiertos. Se estaban secando cuando escuchó el timbre otra vez. El proveedor resultó ser una mujer, llamada Erika, y le traía una caja llena de vinagre, zumo de limón, jabón y bicarbonato. Muy amablemente le explicó cómo podía usarlo todo para cada zona de la casa, y también para la ropa, y le preguntó si quería que le trajera algo más.

—Sí. Necesito chocolate, compresas…

—No, compresas no puedo. No puedo traer productos de limpieza del hogar, aparatos eléctricos, perfumes ni compresas.

—¿Y tampones?

—Tampoco. Ignoro la razón, pero no puedo. Lo que sí puedo traerle es una copa.

—¿El qué?

—Una copa menstrual. ¿No sabe lo que es?

—No, ni idea.

—Un artilugio que sirve para lo mismo. Hay que metérselo dentro. Yo la uso desde hace tiempo y es genial, económico y ecológico. ¿Le traigo una y la prueba?

—¿Qué puedo hacer, si no?

Erika frunció el ceño y Leyna comprendió que ella era ajena a su situación. Había sido una estupidez contemplar siquiera lo contrario.

—Me refiero a que es cierto que se contamina mucho con las compresas y tampones. Y siempre he pensado que algo me deben transmitir.

—Pues esto no. Está hecho de un material especial.

—Vale, pues tráigame una.

Erika asintió y lo apuntó en su tablet.

—Chocolate también, ¿no? ¿Va a ser pronto? Lo puedo tener mañana o pasado a más tardar.

—Pues me falta como una semana.

—Bien, entonces. ¿Algo más?

—Pues… Ah, ¿tiene usted mis datos? Estas cosas son para mí.

—Todo está bien, tranquila. El señor me ha indicado que usted me hará los encargos a partir de ahora y que puede pedirme lo que quiera. Siempre que no esté en la lista, claro.

¿Había un teléfono en la casa? ¿Y «lo que quiera» se pagaba con el dinero de Mikah?

—¿Entonces? —insistió la mujer.

—¿Cómo nos comunicaremos?

—Vendré todos los días al atardecer.

—¿Ha venido usted esta mañana?

—¿Yo? No. ¿Por qué?

Había sido Mikah. Seguramente, nadie más aparte de Leyna y Adler había entrado en aquella casa desde la muerte de Marlene.

—No, es que me pareció oír el timbre muy temprano. Pero estaba casi inconsciente. No me haga caso.

Erika soltó una risita y volvió a preguntarle si quería algo más, aunque esta vez lo hizo de una manera que a Leyna le dio la impresión de que ella le caía bien. La verdad, no era muy buena con esas cosas, o no tenía mucha suerte con las personas, que si bien empezaban siendo amables, luego todo se estropeaba de alguna forma. No había sido así con Mikah, pero eso no le garantizaba que el final no fuese el mismo.

—¿Estás bien? ¿Puedo tutearte?

—Sí, sí. Estoy bien, tranquila.

—¿Seguro? Me has parecido un poco triste.

—No, estoy bien. Es que lo acabo de dejar con mi novio.

—Ay, lo siento.

—No, no. No era bueno conmigo. Pero me ha costado verlo, y soy tan tonta que lo echo de menos.

—No eres tonta —aseguró Erika—. Yo tuve una vez una relación muy tóxica y, sin embargo, no quería que se acabara. Tranquila, te entiendo. Pero has hecho lo mejor.

—Sí, lo sé. El caso es que me he acordado de que no me dejaba beber porque decía que pocas cosas eran más patéticas que una mujer borracha, y que además eso abría la puerta a cualquier abuso.

Erika reprobó tales juicios poniendo en blanco los ojos, para acto seguido, mirar a Leyna como si se le hubiera ocurrido algo divertido.

—¿Quieres que celebremos que eres libre? Acabo de trabajar después de venir a esta casa.

¿Libre? Sí, Leyna lo era en gran parte, salvo por el hecho de que no podía seguirla a ella más allá de la verja. Pero ¿quería hacerlo realmente?

—No creo que sea posible. Trabajo aquí, y el señor…

—Oh, no, no. No me refería a que fuera aquí. Dios me libre. Puedo llevarte al pueblo.

Leyna sintió que la sangre se le subía a la cabeza y que el corazón se le descontrolaba como un coche que patina con el hielo.

—Mala idea —dedujo Erika—. No he dicho nada.

—Lo siento, yo… —Leyna recordó el tortazo que Mikah le había dado a la puerta del sótano y se obligó a actuar con seguridad—. No quiero ir a ninguna parte. Pero sí que me apetece tomarme algo con alguien. ¿Te importa hacerlo aquí fuera, en el jardín?

Erika miró la fachada de la casa y ella pensó que se negaría, pero no lo hizo. Leyna no le pidió nada más, de momento, y las dos quedaron en volver a verse al final de la tarde.

Erika tenía solo tres años más que ella, aunque parecía ser bastante mayor y, además, era madre. A Leyna no podía agradarle más su compañía, y se rio como nunca cuando apenas le había dado unos sorbos a su vaso.

—No es por nada, pero el jardín está hecho una mierda —comentó Erika, corriendo a taparse la boca.

Se rieron juntas como si estuviesen ya borrachas.

—¿Damos un paseo? —propuso Erika—. Lo mismo nos encontramos algo perdido.

Leyna ya había revisado todo el jardín y no le pareció mala idea. Erika siguió hablándole del padre de su hijo, un hombre que la había engañado y no la respetaba como persona de muchas otras maneras, pero del que ella seguía enamorada, a su pesar. Leyna ya no lo estaba de Adler, la muerte de él se lo había demostrado, y como no podía decirle que a cada momento pensaba en Mikah, tampoco le mintió: se tomaría un tiempo para sí misma.

De pronto, Erika se fijó en algo situado delante de ellas y se detuvo. Leyna temió haber cometido un grave error.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo ahí.

Leyna siguió la línea que proyectaba su brazo, pero no vio nada. Erika le dio tal susto que le arrancó un grito, y luego se rio y salió corriendo de regreso a la casa. Paró en cuanto se percató de que Leyna solo se había llevado una mano al pecho.

—Era una broma. Perdona.

—No, no. Es que a veces me asusta este bosque.

—¿Por qué? Aquí solo hay ciervos y jabalíes. Aunque los jabalíes tienen una mala leche importante.

Leyna se acordó de Mikah, aunque era más como atender a la televisión cuando está de fondo, y se percató de que estaba anocheciendo. No debía de faltar mucho para la primera comida.

—Tenemos que dejarlo aquí —dijo.

—¿Te has enfadado? Lo siento, de verdad.

—No, no, tranquila. Es que tengo que trabajar. ¿Podemos seguir otro día? Me gusta estar contigo.

—Y a mí contigo.

La abrazó y Leyna se quedó paralizada. ¿Cuánto hacía que nadie la trataba con ternura? El sexo que tenía con Adler después de que él le pidiera perdón y le asegurase que no volvería a hacerle daño no contaba en absoluto.

—Oye, si necesitáis arreglar esto, tengo un primo que está siempre buscando trabajo. Y es mañoso.

—Lo tendré en cuenta.

Se despidió de Erika en cuanto alcanzaron la puerta principal. Lo correcto hubiera sido acompañarla hasta la verja, porque ella siempre dejaba la furgoneta al otro lado de la valla, pero no se fiaba de sí misma. No se fiaba de acercarse tanto a la verja como para poder salir de allí y constatar que no quería hacerlo.

Cuando cerró la puerta de la casa y se giró, Mikah estaba de pie delante de ella. La miraba con gran seriedad, pero a Leyna no le pareció enfadado ni nada semejante.

—No te queda mal —dijo recorriéndola con los ojos—. ¿Todo bien?

—Sí. ¿Puedo cenar contigo y hablarte de una cosa?

—¿El jardín? Puedes contratarle. Y para mí es el desayuno.

Se encaminó hacia el comedor. Se suponía que había contestado, pero Leyna se preparó algo para ella igualmente, y cuando se sentó a la mesa, él no protestó.

—Así que nos has escuchado.

Mikah sonrió con autosuficiencia.

—¿Crees que tengo elección?

—¿No te he dejado dormir?

Su voz le había sonado demasiado cargada de preocupación y le pareció que él también lo pensaba. Clavó los ojos en su plato mientras se juraba no insistir si no obtenía respuesta.

—Si quieres que no te oiga, tendrás que meterte en el sótano.

¿De verdad lo había escuchado todo? ¿Lo que ella le había contado a Erika sobre su relación con Adler? Leyna se sintió tan incómoda que recogió su cena y se disculpó para marcharse.

—¿Te avergüenzas de algo? —inquirió Mikah antes de que saliera del comedor.

—No —contestó ella sin darse la vuelta.

—Bien. Sírveme más.

Para no permanecer más tiempo allí, decidió utilizar un plato nuevo para él y también llevó el suyo a la cocina. Esperó una reprimenda por tardar demasiado, pero no sucedió; Mikah solo la siguió con los ojos.

—¿No querías que te hablara de mí? —preguntó él cuando ella se marchaba de nuevo—. ¿No pensabas contarme nada tú?

Leyna suspiró antes de admitir que sí que le avergonzaba aquello.

—¿Por qué?

—Porque debí ser más fuerte.

Y sobre todo, temía que le siguiera sucediendo lo mismo. Él bajó la mirada al plato y tomó una cucharada.

—Lamentarse no tiene sentido —dijo—, y tampoco echarse la culpa.

A Leyna le dio la sensación de que no solo hablaba de ella.

—¿Tú también te arrepientes de algo?

Mikah soslayó una sonrisa.

—¿Qué edad crees que tengo?

—No pienso contestar a eso.

Él dejó de comer y se puso en pie, avanzando hacia ella. Con cada paso suyo, el corazón de Leyna se fue desbocando más y más, mientras ella se maldecía y se obligaba a no salir corriendo como una niña ridícula. Lo que no consiguió de ninguna manera fue mirar a su jefe a los ojos.

—En mi despacho, en el segundo cajón de la derecha, tienes un sobre lleno de dinero. Págale lo que te parezca mejor, pero que no entre en la casa.

—Claro que no. ¿Y puedo usarlo también para el cristal de la puerta de la cocina?

—Para lo que quieras.

—¿Y una lavadora? ¿Sería posible? Poniéndola en el sótano.

—¿Qué problema tiene lavar a mano?

—No quiero ni imaginármelo.

—Marlene nunca se quejó.

Leyna le riñó con la mirada. Él, sin embargo, clavó esos ojos suyos en su cuello. Pensar que aquello era lo único que le importaba de ella, lo único que le habría importado de Marlene, afectó tanto a Leyna que se enfureció consigo misma.

—En el sótano no te molestará —sentenció—. ¿Puedes decirle a Erika que me la traiga?

Mikah bufó y se dirigió a la salida del comedor.

—Díselo tú.

—Está en la lista negra —protestó ella, siguiéndolo—. Y las compresas. ¿Por qué no puedo tener compresas? ¿En qué siglo…

Él se dio la vuelta y se le acercó tanto que ella se quedó sin palabras y casi sin respiración. Y no solo eso, sino que captó perfectamente el aroma metálico de su desayuno.

—¿Tú qué crees? —siseó Mikah.

Se alejó sin darle un segundo para contestar, aunque Leyna tampoco sabía qué decir. Ella se quedó mirando cómo desaparecía su jefe, escuchó cerrarse la puerta del despacho, y su pulso tardó un rato

más en normalizarse mientras aún se le resistían unos pensamientos a los que poco les importaba su sufrimiento con Adler. De hecho, intentaban convencerla de que se merecía tratar de satisfacer su deseo.

Se fue a la cocina a continuar con la limpieza y la tarea le proporcionó cierta paz. Casi era la hora de la segunda comida cuando por fin hubo terminado, así que se centró en prepararse algo para ella. Antes de ir al comedor, pasó unos segundos observando el plato lleno de sangre mientras se repetía que no podía querer estar, de ningún modo, con alguien como él. No podía.

El aleteo de su garganta no estaba tan de acuerdo, ni tampoco lo estaban las danzas de su estómago, pero seguro que era cuestión de tiempo. El efecto que Mikah ejercía sobre ella no iba a durar para siempre. Unos días más, a lo sumo. Después, él se convertiría en lo que era: su jefe y nada más.

—¿Te he asustado? —preguntó Mikah.

—No —aseguró Leyna, sentándose a la mesa.

Él no pareció creerla, pero no replicó y empezó a comer.

—¿Quién paga todo lo que trae Erika?

—¿Por qué?

—Mis cosas quiero pagarlas yo.

—Guarda tu dinero para un imprevisto.

—No. Quiero poder comprarme lo que sea sin estar pensando en que estoy abusando. Al menos, déjame eso.

Mikah se quedó mirándola un momento antes de asentir.

—Voy a ponerme ahora con esta sala —añadió Leyna—. ¿Te parece bien?

—No tengo ninguna preferencia.

—Lo digo por los olores. Entiendo que no quieres productos de limpieza por eso, pero no sé cuánto tarda…

—Comeremos en la cocina, si es necesario.

—Bien. ¿Qué pasa con la planta de arriba?

—Para ti es como si no existiera.

Leyna sonrió al imaginarlo encargándose de la limpieza, con un cubo y una fregona.

—¿Qué? —inquirió él.

—Nada —aseguró ella, centrándose en su comida.

Al terminar, Mikah regresó a su despacho. Leyna también sentía mucha curiosidad por qué haría su jefe allí dentro toda la noche, pero debía de estar trabajando. ¿Cómo mantenía la casa si no? ¿Cómo se compraba esas bolsas? ¿Y todas las cosas que ella había pedido y pediría en el futuro? Debía de tener un trabajo y bastante bueno. Pero ¿cómo lo haría? ¿Con identidades falsas?

Sacudió la cabeza intentando librarse de aquellas preguntas y se centró en limpiar el comedor. No llevaba ni una hora cuando notó que le pesaban los párpados. Le iba a costar otro día llegar hasta el final de la noche, al menos. Por fortuna, Mikah no dijo nada cuando ella le sirvió la tercera comida y se despidió para irse a la cama.

Despertó casi a la hora del almuerzo, de nuevo sin recordar una sola interrupción. Se dio otro baño y se puso otro vestido, esta vez de color azul, aunque antes se atrevió por fin a mirarse la barriga en el espejo. Tenía un cardenal considerable y le dolía al tocarlo, pero no parecía nada grave. Acabaría desapareciendo, y esperaba que también lo hicieran las sensaciones que la asaltaban cuando pensaba en Adler y en los años que había perdido por su culpa.

Lo primero que hizo fue ir al despacho de Mikah a mirar el cajón que él le había indicado. Allí encontró un sobre bastante grueso, que guardaba lo que a ella le parecieron miles de euros. Nunca antes había visto tanto dinero junto. Con semejante cantidad, podría conseguir muchas cosas.

Terminó con el comedor y empezó con el salón. Cuando sacó al jardín las cenizas de la chimenea, se fijó en la verja. Estaba allí, a solo unos metros. Miró hacia la casa, hacia el piso de arriba. Las ventanas estaban todas cegadas con las cortinas, igual que el día anterior. ¿Dormiría Mikah durante todo el día? ¿Qué haría el resto del tiempo? ¿Por qué le interesaba más eso que lo que hubiera al otro lado de la verja?

El salón le llevaría más de una jornada. Poseía una estantería llena de libros que cubría toda una pared, y para hacer bien la

limpieza, ella debía ocuparse de cada uno de los libros. Hizo montones y se sentó en el sofá con un paño húmedo. Descubrió algunos títulos interesantes, clásicos que siempre había querido leer y nunca había tenido tiempo de hacerlo; cuando terminase aquella primera limpieza, seguramente tiempo sería lo que más tendría.

Seguía con los libros cuando llamaron al timbre. Era Erika. Leyna se quedó con ella una media hora, pero no fue capaz de disfrutar demasiado porque en todo momento era consciente de que Mikah las estaba escuchando. Cuando Erika le preguntó qué le ocurría, ella solo pudo decirle que le estaba costando un poco amoldarse a su nuevo trabajo.

—Es normal. Marlene me dijo una vez que le pasó lo mismo. Necesitas unos días hasta que el cuerpo se acostumbre al nuevo horario. Estás comiendo bien, ¿verdad? Es muy importante.

Sabía que Mikah vivía de noche, entonces.

—Sí, gracias —dijo Leyna con una sonrisa.

—Bueno, ya me dirás qué tal con la copa. Nos vemos mañana.

En el salón, había una vitrina llena de piezas de plata que se habían vuelto casi negras. En cuanto Leyna terminó con los libros, llevó todas las piezas a la cocina y las limpió con bicarbonato. En ello estaba cuando Mikah apareció por el hueco de la puerta, provocándole tal respingo que rebotó en la silla. Él se limitó a mirar el reloj que estaba colgado sobre el fregadero.

—Voy —dijo ella, poniéndose en pie.

Su jefe se marchó como había venido. Leyna preparó la bandeja y esta vez le puso también una de las cucharas de plata; si a ella a veces le sabía la comida al cubierto, cuanto más a él, que era tan sensible a los olores. Cuando Mikah vio las dos cucharas frunció el ceño, pero enseguida escogió la nueva.

—¿Y lo tuyo? —preguntó sin mirarla.

¿Le estaba reclamando por qué no comía con él?

—Voy a prepararlo ahora. Es que se me ha hecho tarde.

—No es necesario que lo limpies todo corriendo.

Levantó los ojos y ella reparó en que los suyos se habían clavado en su jefe. Leyna no sabía qué pensar de su actitud, aunque menos todavía lo que sentía con ella, y tampoco supo qué replicar. Así que se dio la vuelta y se fue de allí.

Comió rápido y siguió con su trabajo. Intentó ir con calma, pero recordaba las palabras de Mikah y las prisas se apoderaban de ella, y entonces las recordaba igualmente, por lo que llegó un momento en el que ya ignoró qué hacer. Terminó soltando el trapo y saliendo del comedor, y también de la casa.

El frescor de la noche la reconfortó enseguida. Se sentó en uno de los bancos de hierro que rodeaban la piscina, colocando el candil que portaba a su lado. El bosque frente a ella, una informe masa de color casi negro, emitía sonidos rítmicos y un olor de lo más agradable.

—¿Qué ocurre?

Leyna se incorporó y por el camino le dio un manotazo al candil,

que cayó al suelo y se apagó, dejándola con la tenue luz de la luna y un pulso totalmente desquiciado. Lo único que podía ver era la alta figura de Mikah delante de ella, como hacía apenas dos noches en la cocina. Eso era en lo que debía pensar, lo que le había visto hacer a él, y no en las ganas que tenía de besarlo.

—No sé por qué te alteras de ese modo —dijo Mikah con un desdén evidente—. ¿Te crees que soy un animal? ¿O un crío como tú?

—No soy ninguna cría —repuso Leyna, encaminándose hacia la casa—. Es tu culpa por darme tantos sustos.

Sintió que su jefe la seguía con la mirada, pero nada más. Tardó varios minutos en verlo pasar desde el salón, y notó el impulso de ir a asegurarle que no le tenía ningún miedo, pero por fortuna pudo controlarse. Aquel era su escudo, su excusa, y no pensaba renunciar a él.

No había terminado aún con el salón cuando llegó la hora de comer. Se estuvo debatiendo un buen rato sobre si debía sentarse con Mikah o no, pero de repente lo vio claro: si volvía a dejarlo solo, corría el serio riesgo de no poder acompañarlo más, y si algo tenía claro era que no quería eso.

Su candil estaba sobre la mesa, delante de la silla que ella había estado ocupando. Si no se hubiera decidido ya, lo habría hecho en ese momento. Le colocó a su jefe el plato por delante y ocupó su lugar.

—Mañana viene el primo de Erika —dijo por decir, porque Mikah ya debía de saberlo—. Ella me ha dicho que él puede encargarse también del cristal de la cocina.

Mikah asintió y se tomó una cucharada de sangre. Ella miró su plato mientras se repetía que eso no era normal, que debía provocarle rechazo, que dejara de pensar como una idiota en celo. Pero entonces no pudo evitar defenderlo, porque aquello no era lo mismo que consumir directamente de una persona. No le estaba haciendo daño a nadie.

Le oyó carraspear y se encontró con sus preciosos ojos. Le sorprendió y también le dolió captar en ellos cierta tristeza, y quizás por eso no midió sus palabras antes de escucharlas flotar en el aire de aquella estancia:

—Solo me preguntaba si te es suficiente.

Mikah despegó los labios, y ella se dio cuenta de su error y se maldijo.

—Me refiero a que…

—¿Piensas que tengo remedio? ¿Es eso? Pues no. No lo tengo.

—¿No es tu elección?

Él negó con la cabeza. La tristeza había desaparecido, si es que había existido realmente, y su mirada se había colmado de altivez. Entonces, Leyna comprendió la razón por la que le excusaba. Y es que ninguno de los hombres con los que ella había sentido atracción se había esforzado nunca por no parecer mejor de lo que era, sino más bien todo lo contrario.

—¿No me dijiste que no había nadie más como tú?

—¿Y?

—¿Quién te obliga? ¿Hay alguien que sea más fuerte?

—Insistes en interrogarme.

Se centró en su plato y no dijo nada más. Si lo que quería era que a ella dejase de interesarle todo lo que le concernía, desde luego iba por mal camino. ¿O lo estaría haciendo a propósito? ¿Para qué? ¿Le pasaría lo mismo que a ella y solo se contradecía porque no podía evitarlo? No, eso era lo más improbable de todo y Leyna solo lo pensaba porque deseaba que fuera verdad.

Estuvo a punto de gruñir. Consiguió esperar hasta estar en la cocina, fregando los platos, con el agua cayendo y la esperanza de que eso fuera suficiente para que él no la oyera.

En la tercera y última comida, no abrió la boca más que para lo necesario y se fue a la cama justo al terminar. El hecho de que él respetase el silencio contribuyó a que le costase conciliar el sueño, no tenía sentido negarlo. Y esa vez se despertó demasiado pronto, aunque ya era casi medio día.

Al terminar de bañarse, observó el montón de ropa sucia. Mikah no le había ni mentado la lavadora, ni tampoco Erika, así que llevó el montón a la cocina, puso una enorme olla llena de agua al fuego y le echó jabón líquido y un poco de vinagre. No encontró ninguna mancha en la ropa, menos mal, pero igualmente tendría que perder

tiempo en remover aquello.

Tender fue mucho más molesto, tanto que vio claro que aquella zona era la primera que había que arreglar del jardín, antes que la entrada de la casa. Las hierbas eran tan altas que tropezó con algo y se cayó de bruces al suelo. Se hizo una buena rozadura en una rodilla y otra en el brazo que usó para protegerse la cara, y a punto estuvo de echarse a llorar.

Fue cojeando a la cocina y se lavó bien las heridas, pero no encontró por ningún lado nada que pudiera servirle de apósito. Al final, decidió ir al despacho para buscar allí algún botiquín. Mientras abría todas las puertas y cajones se preguntó cuánto tiempo llevaba deseando poder hacer aquello, y se riñó, porque era estúpido pensar que si su jefe le quisiera ocultar algo, no estaría en el piso de arriba.

Entonces, dio con una pequeña caja de metal que estaba cerrada con un candado con combinación. No podía desear más cogerla y tratar de abrirla, probar fechas relacionadas con Marlene, así que cerró el cajón y salió de allí. Una cosa era no controlar su curiosidad y otra, muy distinta, faltarle al respeto a Mikah de ese modo.

Decidió poner un trozo de paño sobre cada herida y usar los cordones de sus botas para sujetarlo. Luego regresó al jardín para terminar de tender, mirando bien dónde ponía cada pie, y después siguió limpiando el salón, que esperaba poder concluir antes de que llegasen Erika y su primo.

A las cinco en punto, sonó el timbre y ella chasqueó la lengua. Aún le faltaban un par de muebles y pasar la fregona. Nada más abrir la puerta, el hombre que estaba junto a Erika, que parecía algo más joven que ella pero era bastante atractivo, la miró como si le gustase lo que veía. Leyna sintió tal rechazo que pensó en negarse a contratarle, sin embargo, le entró miedo de que eso se tradujera en que Erika dejara de desear su compañía.

Erika se fijó en su brazo y su rodilla heridos y antes de nada le preguntó qué le había pasado. Leyna sintió cómo su aprecio por ella crecía un poco.

—Un accidente. No te preocupes.

No la vio muy convencida, pero Erika no insistió y le presentó a su primo. Se llamaba Derek.

—Encantado —dijo él con una sonrisa, acercándose a Leyna para

darle dos besos. Ella le detuvo tendiendo la mano, y aunque eso contrarió al joven, apenas varió su gesto y aceptó saludarla así—. ¿Empezamos por la puerta de la cocina?

Hizo el ademán de entrar en la casa y Leyna se interpuso de inmediato. Él frunció el ceño.

—No corras tanto —dijo ella muy seria.

—Eso, contrólate —le riñó Erika—. Aún no te ha aceptado.

Leyna, aliviada, la apreció un poco más, pero debía mantener la prudencia. La gente le había fallado demasiadas veces.

—Además, no puedes entrar en la casa.

—¿Y entonces cómo voy a montar la lavadora?

Ella se quedó sin palabras y miró a Erika.

—¿No es correcto? —preguntó sacando su tablet.

—Sí, tranquila. No os preocupéis por el montaje. Dejadla aquí cerca de la entrada.

Derek trató de insistir, pero su prima le dio un manotazo en el brazo. En cuanto bajaron de la furgoneta todo lo que le traían a Leyna y lo acercaron a la casa, ella les pidió que la acompañasen a la parte de atrás. Se había cuidado de cerrar la puerta que daba al pasillo para que ellos solo vieran la cocina.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó a Derek mientras él observaba la puerta.

—Quiero que quede perfecto, así que se lo pediré a alguien que conozco. Es un buen cristalero.

A Leyna no le gustaba mucho la idea de dejar entrar a alguien más en la propiedad, y Erika se percató de ello, porque le reprochó a su primo que le había dicho a ella que lo haría él mismo.

—Puedo hacerlo, pero no quedará tan bien —se defendió Derek.

—¿No prefieres cobrar tú el trabajo? —inquirió Leyna.

—Sí, claro. Es solo que…

—¿Seguro que sabes cómo se hace?

Él soslayó una sonrisa y se rascó la nuca. Erika le empujó y le pidió disculpas a Leyna, y eso hizo que ella se decantase por aceptar que viniera aquel cristalero.

Los guio por el jardín, llevándolos hasta el tendedero en primer lugar. Allí les mostró la piedra con la que ella se había tropezado, que era parte del límite de un parterre, completamente oculto por la maleza, y las dudas de Erika parecieron desaparecer. Mikah podía acabar con su vida y podía ser un completo desconocido para Leyna, pero si algo tenía claro, o necesitaba tenerlo, era que él nunca emplearía el maltrato físico con ella.

Derek no tardó en preguntar por las herramientas de las que dispondría, y no le gustó nada saber que no contaría con ninguna máquina. Cuando vio la piscina, le dijo a Leyna que no podría arreglarla sin sacar el agua, y que para eso necesitaba una bomba de achique. Ella se reservó la negativa para después de haber tratado el tema con su jefe.

—Los setos puedo podarlos a mano —dijo el joven—, pero tardaré mil años.

A Leyna no le quedó claro si se estaba lamentando o no.

—Y no digamos el césped —añadió Derek mirando todo el suelo.

—¿No quieres el trabajo, entonces?

—Sí, sí. Solo digo que necesitaré más tiempo de lo normal.

—¿Cuánto?

—Pues no lo sé —admitió él.

—Quiero que empieces a primera hora y te vayas cuando venga tu prima a traerme las cosas.

Derek abrió mucho los ojos, pero más aún lo hizo cuando escuchó la retribución. Aceptó enseguida.

—Bien, empezarás mañana. No llames a la puerta, ponte a trabajar directamente. Y si tienes alguna pregunta, ya me la harás cuando yo salga. ¿Entendido?

—Sí, señora —dijo él cuadrándose. Le sacó a su nueva jefa una

sonrisa que corrió a corresponder, y por eso ella se volvió a poner seria—. ¿Me traigo de comer y beber, entonces?

—Para aguantar hasta el almuerzo, sí. Yo me encargaré del resto del día. Tu prima te ha dicho que trabajo por las noches, ¿no?

Derek asintió y miró a la aludida, y Leyna comprendió que él le había preguntado a ella por qué era aquello así. Todo el pueblo tenía muchas preguntas sobre lo que sucedía o dejaba de suceder en aquella casa, como la propia Leyna las había tenido y las seguía teniendo.

Cuando volvió a ver a su jefe, Mikah estaba bajando las escaleras. Ella había terminado con el salón y comenzado con el despacho, e iba hacia la cocina para prepararle el desayuno.

—Gracias por la lavadora —dijo—, pero no voy a poder moverla yo sola.

Mikah se quedó mirándola y Leyna enseguida notó cómo se aceleraba su pulso.

—Tengo hambre.

Ella siguió con su camino. Cuando regresó del sótano, la caja de la lavadora estaba ya en el vestíbulo. No pudo evitar sonreír, ni después, ya en la mesa, lanzarle a su jefe alguna que otra mirada furtiva. Tuvo que recordarse que él no había hecho nada extraordinario, salvo gastar un dinero que de todos modos parecía sobrarle.

Pero, al terminar, Mikah le dijo que quería hacer algo para facilitar su labor. Aquello le agradó tanto que ni preguntó de qué se trataba. Entonces, cuando su jefe la hizo sentarse en el sofá grande del salón y se arrodilló delante de ella, se le cortó la respiración. Y su corazón corrió a galopar al verlo pretender quitarle el apósito improvisado de su rodilla.

Su interior gritaba en rebeldía, pero Leyna no se movió un solo milímetro. Él apartó la tela y acercó la boca a su rodilla, y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo cuando sintió la lengua de Mikah. Apenas duró un segundo, pero fue tiempo más que suficiente para que su corazón latiese entre sus piernas.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió con dignidad.

Él miró su rodilla y ella vio que la herida había desaparecido por completo. Los ojos de su jefe se movieron hasta su regazo, y Leyna no necesitó más para imaginarse la cabeza de él hundida entre sus muslos, como tantas veces había querido tener la de Adler, a pesar de que estaba demasiado segura de que a su jefe solo le importaba su arteria. Para poder poner distancia entre ambos cuanto antes, o eso se repitió, se quitó el apósito del brazo y le ofreció su otra herida.

Mikah tardó un poco más esta vez y la miró a los ojos mientras saboreaba. Leyna estuvo tan tentada de darle un beso que se levantó enseguida del sofá, pero tan atropelladamente que casi se cayó al suelo. Las veloces manos de su jefe lo evitaron.

—Ten más cuidado —dijo él, soltándola—. Voy a bajar la lavadora.

—¿Sabes instalarla?

—¿Quién te crees que puso el frigorífico?

—Te ayudo.

—No es necesario.

—Bueno, quiero hacerlo.

Respiró hondo mientras lo seguía. Mikah agarró la caja que esperaba en el vestíbulo y la arrastró por el pasillo, rumbo al sótano, como quien tira de un carrito de la compra, y para bajar las escaleras, la tumbó sobre los escalones y se colocó delante de ella para evitar que se deslizara demasiado rápido. Leyna tuvo que morderse la lengua para no preguntar cómo era todo aquello posible, aunque no podía negar que en el fondo ya lo sabía.

Él partió la caja, revelando una lavadora de color gris oscuro, como el frigorífico, con capacidad para lavar por lo menos dos edredones a la vez. Entonces, al verlo acercarla a la pared, Leyna se fijó en que esta ya contaba con todo lo necesario.

—¿Ha habido una lavadora antes?

—¿No venías a ayudar? —le espetó él ceñudo.

—¿Y qué hago?

Mikah colocó los dos tubos y el cable eléctrico, y acto seguido se encaminó fuera del sótano, cerrando la puerta tras de sí. Solo entonces recordó Leyna el ruido del frigorífico. Sintiéndose culpable, fue a buscarle al despacho con la excusa de que él no le había dado aún nada para lavar. Dudó antes de llamar a la puerta, pero al final no fue necesario porque Mikah la abrió de golpe.

—No quiero molestar —dijo ella.

—Pues lo estás haciendo.



Leyna descartó disculparse.

—¿Dónde está tu ropa sucia?

—En mi habitación.

—¿Y cómo hago que acabe en la lavadora? —preguntó ella poniéndose en jarras.

Las comisuras de la boca de Mikah se alzaron ligeramente y ella reforzó el enojo de su expresión, pero solo consiguió que él acabase sonriendo.

—¿Te hace gracia?

—Pareces una maruja.

—¿Y no es lo que soy?

—¿Eso crees?

Leyna no esperaba aquella respuesta y no atinó a replicar nada antes de que su jefe la apartase para salir del despacho. Mikah subió las escaleras y regresó poco después con un cesto de mimbre, que dejó en el vestíbulo.

—Con eso tienes para empezar —dijo, regresando al despacho.

—Pero tráemelo todo —protestó ella.

Él le cerró la puerta en las narices. Leyna suspiró y cogió el cesto para llevárselo a la cocina, donde revisó el manual de la lavadora antes de bajar al sótano. Comprobó entonces que Mikah le había dado ropa de ambos tipos y que ninguno juntaba suficientes prendas como para un solo lavado, así que fue a por ropa blanca suya, los trapos de limpiar, el mantel del comedor y las cortinas de color claro, y lo metió todo junto en la lavadora.

Como no podía seguir de momento con el despacho, se centró en limpiar su habitación. Aprovechó para acomodar el contenido de su maleta en el armario y la cómoda. Su caja marrón la guardó en la mesilla de noche. La tarea le llevó el resto de la jornada.

Despertó cansada pero inquieta, y a pesar de que no había dormido más de cinco horas, no pudo seguir en la cama. No solo le preocupaba que a Derek, por lo que fuera, le diera por entrar en la casa, sino sobre todo, había tenido un sueño tan vívido que todavía la

asombraba y necesitaba una buena ducha. Esperaba no ruborizarse como una colegiala cuando volviera a estar delante de Mikah.

Preparó un guiso de carne con patatas y fue a comprobar cómo le iba a Derek. Le sorprendió ver que el joven casi había terminado con la zona del tendedero; al menos, no volvería a tropezarse con aquellas piedras, porque él las había descubierto todas. Le dio los buenos días y Derek, en lugar de contestarle, le preguntó si tenía novio.

—Estás aquí para trabajar —le recordó ella.

—Perdona, es solo para saber si estás con…

Leyna se hizo la sueca y él miró la casa, y entonces se mostró ofendida, cuando lo que le molestaba en realidad era no poder darle la razón.

—Lo digo porque decían que estuvo con la anterior criada —aclaró el joven.

—Marlene nunca lo dijo.

—Pero estaba aquí todo el día, como tú. Pareces más su mujer que una criada.

Leyna maldijo su pulso porque se descontrolaba solo de pensar que aquello pudiera ser cierto.

—Lo que parezca no importa. Sigue a lo tuyo.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. No me interesan los hombres ahora mismo. Toma, aquí te dejo esto. Es agua fría con limón y azúcar.

—Gracias. Me vendrá bien.

—He preparado algo para que almuerces. Acércate a la cocina cuando tengas hambre. ¿Y el cristalero?

—Vendrá por la tarde. No quería que te despertara —dijo Derek con una sonrisa.

—Muy considerado.

Fue al sótano a por la colada y regresó al jardín para tenderla. Derek la observó hacerlo y ella se sintió tan incómoda que tuvo que ir

a llamarle la atención, pero sus disculpas no parecieron sinceras.

—Si sigues así, tendrás que irte —le advirtió ella.

—¿Por qué? Si no he hecho nada.

Leyna entornó los ojos y vio que el joven contenía una sonrisa.

—Te he dicho que no me interesa.

—¿Es porque soy menor que tú? Solo son cinco años.

—No tiene nada que ver contigo. No me interesa y punto.

—¿Es por ese con el que salías? ¿El que ha desaparecido?

A ella se le heló la sangre, aunque Derek no parecía estar acusando a nadie de nada.

—¿Le quieres aún? —insistió él.

—¿Por qué eres tan impertinente? Te he dicho que no. Y no voy a volver a repetirlo.

—Vale, vale. Como esto me va a llevar un tiempo, lo mismo cambias de opinión en algún momento. Dímelo y damos una vuelta por ahí. Soy más maduro de lo que puedas creer. Todas me lo dicen.

—¿Todas?

Derek se rascó la nuca mientras sonreía con nerviosismo.

—Quería decir que todo el mundo.

—Entonces, tienes muchas opciones. Sigue.

Leyna le tenía por una buena persona, pero no podía confiar en él y albergaba serias dudas de que algún día eso cambiara con alguien. Entonces, entró en el despacho. No se explicaba por qué, no tenía sentido y no podía ser solo porque Mikah le atrajera, pero quizás la razón por la que no deseaba atravesar la verja fuese porque allí se sentía a salvo, por fin, de las maldades del mundo.

Cuando Erika apareció, con una bomba de achique entre otras cosas, los tres pasaron un agradable rato en el jardín. Leyna notó pronto que Derek parecía haberse mentalizado para respetar su rechazo, porque no captó flirteo alguno de su parte, y así pudo

disfrutar de su compañía también, y reírse con sus ocurrencias, mientras pensaba en que su vida nunca había sido mejor a pesar de estar allí encerrada. Eso la confundía, pero era lo único que tenía claro y solo esperaba que durase mucho tiempo.

Derek protestó cuando ella se despidió para volver al interior de la casa, aunque le bastó un manotazo de su prima para ceder. A Leyna la alivió no encontrarse con Mikah en el vestíbulo y fue directa al sótano, pero él estaba en la cocina, revisando el cristal de la puerta.

—No está mal —dijo echando el cerrojo.

Ella sintió que se le encendían las mejillas al recordar su sueño y también se sintió agradecida por la bomba de achique, pero Mikah no pareció darse cuenta de nada y se marchó sin más. Sirvió ambos platos y fue tras él con el corazón aún intranquilo.

—¿Quieres saber lo que hay en esa caja? —preguntó tras tomar un par de cucharadas.

¿Cómo lo sabía? ¿Tenía cámaras en su despacho o es que conocía el sonido de cada mueble de la estancia?

—¿Me vas a decir que no la has visto?

—No es de mi incumbencia.

—Esa frase es mía.

Los dos se quedaron mirándose el uno al otro, y una vez más, a Leyna la asaltaron las ganas de besar a su jefe.

—Te lo puedo decir —concedió Mikah—, pero creo que es justo que me digas tú algo a cambio.

—¿Qué? Ya lo sabes todo.

—¿En serio? ¿Qué me dices de tu propia caja?

¿Se acordaba de eso?

—No es nada extraordinario. Son recuerdos de mis padres. ¿Quieres…

Dejó la pregunta en el aire, porque no creía que a él realmente le interesase aquello, pero se equivocaba. Al terminar de comer, cada uno fue a por su caja y ambos se sentaron en el sofá grande del salón.

—Primero tú —dijo Mikah.

Sin terminar de tomarse en serio la situación, Leyna abrió su caja y removió los recuerdos mientras le contaba algo de cada uno: unos pendientes y un colgante a juego de su madre, que había muerto cuando ella era adolescente, la pitillera de su padre, que sufrió un infarto solo dos años después, y un pañuelo con las iniciales de su abuelo, con el que no pudo llegar a vivir por culpa de un cáncer. Nada conservaba de la familia que la había acogido hasta que cumplió los dieciocho, porque con ellos siempre se sintió como una extraña.

—Entiendo bien lo que es perder a alguien —dijo Mikah.

Cogió una de las tres fotos que había en la caja, en la que salía Leyna de niña disfrazada de pirata, y la observó en silencio mientras ella se preguntaba si él se refería a Marlene y se reñía por lo que solo la posibilidad la hacía sentir.

—¿Puedo ver esa caja ahora?

—¿Qué crees que hay?

—No tengo ni idea. Si no hubiera visto el sobre, diría que dinero. ¿Joyas?

—¿Eso es lo más valioso que se te ocurre?

—¿Tu pasaporte? Pero lo tendrías en una caja fuerte, no ahí.

Él sonrió con los ojos. Le puso al candado una combinación que no se molestó en ocultar, y que no era otra que la fecha de nacimiento de Marlene, y abrió la caja. Dentro había un teléfono móvil.

—Es solo para emergencias —le advirtió él—. Y no quiero que llames a otro número que no sea alguno de los tres que tiene guardados. ¿Me has entendido?

Ella asintió enseguida y no pudo evitar preguntarle por qué lo tenía guardado allí, si estaba apagado.

—¿Aún no has comprendido que valoro mucho mi intimidad?

¿Eso significaba que no iba a contestar o que nadie sabía ni debía saber que él estaba en aquella casa? ¿Estaba escondiéndose? ¿Por eso lo de consumir la sangre en bolsas? ¿Y, por Dios, qué demonios habría en el piso de arriba?

Mikah cerró su caja y cogió otra foto. En ella salía Leyna con su madre.

—Os parecéis —dijo.

—Físicamente, quizás. Ella era mucho más lista.

—¿Por qué lo dices?

—Era abogada, como tú, y se le daba realmente bien. Yo no podría.

—¿Has intentado alguna carrera?

—Quería independizarme cuanto antes.

—Entonces, no lo sabes.

Aquello halagó a Leyna demasiado.

—Bueno, ya no tiene remedio.

—¿Por qué no?

¿Estaba bromeando? Aunque no lo parecía en absoluto.

—Nadie te impide estudiar —aclaró él—. Lo único que no puedes tener es el título. Pero si quieres, te puedo poner yo los exámenes. El material que precises solo tienes que pedírselo a Erika.

Leyna necesitó un momento para procesar lo que acababa de oír. Él parecía creer de verdad que lo que había dicho era posible, pero para ella, en cambio, era una opción que había descartado hacía bastante tiempo y para la que no se veía capacitada.

—¿Sin internet?

—No lo necesitas. Hay libros de sobra.

—Te lo agradezco, pero no creo que merezca la pena.

—Esa idea es absurda. —Mikah le pasó la foto—. Ella te diría lo mismo.

Leyna observó la cara redonda de su madre, su amplia sonrisa y sus ojos casi cerrados.

—Piénsalo —añadió él—. Tienes tiempo, de todos modos.

—¿Y mi trabajo?

—Déjate de excusas. Sabes que pronto tendrás muchas horas libres.

Se puso en pie y se dirigió hacia el despacho.

—Mikah —llamó Leyna. Él se detuvo, pero no se dio la vuelta—. No te tengo miedo.

El silencio se instauró en la estancia y ella volvió a fijarse en la foto. No se arrepentía de sus palabras, pero eso era lo más sincera que pensaba ser.

—Te dije que puedes decirme Miguel —murmuró él.

—Sí, ya, pero tu nombre es Mikah, ¿no? ¿Es que lo digo muy mal?

—No.

Y, sin más, abandonó el salón. Había dejado la caja en el sofá, de modo que Leyna la guardó con la suya en su mesilla de noche.

En la siguiente comida, constató que su momento de cercanía con su jefe había hecho mella en ella. Pensar que ese había sido el propósito de él se le antojó natural, después de todo, pero seguía sin encontrarle sentido. Mikah la tenía allí a su merced, podía tomar lo que quería cuando quisiera, no necesitaba convencerla de nada y menos después de saber que no era por temor que su corazón se alteraba a cada momento.

A lo mejor era eso. A lo mejor tenía que salir de ella. Pero, aun sospechando que él la estuviera manipulando, aun cuando se avergonzase de sí misma por no haber aprendido de su experiencia, lo cierto era que deseaba hacerlo. Deseaba darle lo que quería y que Mikah hiciera lo mismo con ella. ¿Y qué quería que él pudiera darle? Un poco del afecto que tanto le faltaba sin miedo a que buscase poseerla, porque le resultaba evidente que él había sentido algo por Marlene y que seguía sintiéndolo. Una relación de mutua conveniencia, que calmara la soledad que asediaba a ambos.

Le dio vueltas a aquella idea durante el resto de la jornada, y siguió haciéndolo una vez estuvo entre las sábanas. ¿Y si Mikah se reía en su cara? ¿Y si ella lo había entendido todo mal? ¿Qué podía ofrecerle a él que no fuera a corto plazo? Quizás no fuese tan diferente comer de un plato con cuchara a hacerlo de alguien dispuesto a complacer.

La despertó el timbre. Fue directa a reñir a Derek, y se quedó sin palabras cuando encontró en su lugar a una pareja de desconocidos. Algo le dijo que eran policías, a pesar de que iban vestidos con camisa y pantalones vaqueros, y cuando vio el coche patrulla aparcado al otro lado de la verja, sintió un escalofrío.

—Les he dicho que era muy temprano —se defendió Derek con gesto de preocupación.

—Discúlpenos, señora —dijo uno de los hombres, sacando su identificación y mostrándosela a Leyna. Se llamaba Norbert, era algo mayor que su compañero, de nombre Johann, y parecía que no tenía muchas ganas de estar allí—. Investigamos una desaparición y queremos hablar un momento con usted.

Ella cerró la puerta a su espalda. El otro hombre frunció el ceño, pero ninguno de los dos protestó, y Leyna aprovechó aquellos valiosos

instantes para repetirse varias veces que debía mantener la calma y alejarlos a ambos de la propiedad.

—¿La desaparición de quién? —preguntó mirando a los ojos a Norbert.

Él sacó de su chaqueta una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Usted es Leyna Müller, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tiene una relación sentimental con Adler Weber?

—La tenía.

—¿A qué se refiere, exactamente?

—A que hace unas noches me persiguió para darme una paliza. Conseguí entrar en esta casa y el señor me dio refugio. No he vuelto a ver a Adler, pero considero que ya no estamos juntos. ¿Ha desaparecido?

Norbert intercambió una mirada con Johann. Si los dos estaban allí era porque pensaban que ella sabía algo, y después de ver el móvil en la caja, Leyna desconocía cuánto podían saber ellos y dedujo que ser todo lo sincera posible era lo mejor. Al preguntar el policía cuántas noches hacía de aquello, y al decir ella la verdad, él pidió hablar con el señor de la casa.

—Tendrá que ser más tarde. El señor duerme a esta hora.

—¿Y no puede avisarle? —intervino Johann—. Es un asunto serio.

—No, lo lamento. ¿Pueden venir a eso de las nueve?

Ambos volvieron a mirarse entre sí. No podían entrar en la casa sin el permiso de un juez, eso era lo único que Leyna tenía por seguro.

—Creo que sería conveniente resolverlo cuanto antes —dijo Norbert—. Sabemos que vino hasta aquí, y su cuerpo ha aparecido en el río.

Ella se llevó una mano a la boca, adoptando una expresión de comedido asombro.

—¿Ha muerto?

Johann escrutó su rostro, pero a esas alturas, Leyna ya había conseguido mentalizarse de que iban a acusarla a ella, o peor, a Mikah. Necesitaba fingir bien su inocencia, porque no permitiría que lo culpasen a él.

—¿Y piensan que tengo algo que ver? ¿Yo?

—La causa no está clara —admitió Norbert—. Pero usted es la última persona que sepamos que lo vio con vida. Usted y el señor de esta casa.

—¿Qué? No, él no vio a Adler. Salté la verja y me colé en la casa por la puerta de la cocina. Acabamos de cambiar el cristal, ¿verdad, Derek?

—Sí —contestó el aludido.

—¿Y por qué no la siguió el señor Weber? —preguntó Johann.

—Pues supongo que porque le daba miedo. Esa fue mi intención al acercarme aquí. No hay mucha gente que se atrevería a hacerlo, y menos de noche.

—Pero usted sí.

Ella quitó los botones centrales de su vestido y les mostró a los policías el cardenal de su barriga. Los ojos de Johann se descargaron un poco de suspicacia, o eso le pareció a Leyna.

—Creí que iba a matarme y preferí arriesgarme a lo que fuera que hubiese aquí antes que seguir con él. Por fortuna, el rumor no resultó ser cierto en absoluto y ahora me siento a salvo. El señor es un buen hombre que me ha estado protegiendo. La verdad, no puedo decir que no me alegre de que Adler haya acabado así, y tampoco les negaré que deseé muchas veces poder…

Sus palabras y sus recuerdos lograron hacer que sus lágrimas emergieran. Se disculpó enseguida y se limpió los ojos. Derek intervino para pedirles a los policías que la dejaran en paz, que él no creía que ella pudiera hacerle daño a nadie. Leyna agradeció aquello, pero lo que más le importaba era dejar clara la inocencia de Mikah.

—¿Qué rumor? —preguntó Norbert.

—No se sabe nada de él —contestó Derek—. Hay quien cree que la casa está encantada o algo así. Sí, sé que suena tonto, pero es que

nadie lo ha visto desde que murió su esposa. Una mujer muy guapa. Tampoco salía mucho, pero alguna vez la vi haciendo ejercicio.

Leyna se escudó en su llanto para ocultar lo que le producía pensar en que no solo se trataba de Marlene. Pero Mikah no tenía culpa alguna de sus celos, ni de que ella hubiera atraído a Adler hasta su casa.

—No hay nada extraño —aseguró—. El señor está enfermo y no puede darle la luz del sol. No sé qué es exactamente. Por favor, vengan después si quieren hablar con él.

Norbert accedió enseguida y Johann no se mostró tan en contra como en un principio. Ella casi contuvo la respiración mientras veía a ambos caminar hacia su coche. Cuando se quedó a solas con Derek, el joven se le acercó para pedirle disculpas, pero Leyna seguía pensando en lo de esa mujer tan guapa y también en si Mikah estaría enfadado con ella.

—Por dejarlos pasar —aclaró él al ver el ceño fruncido de Leyna—. Cuando me han dicho que eran policías…

—No vuelvas a hacerlo. Si sucede de nuevo, me avisas sea la hora que sea. No pueden entrar en una propiedad sin una orden judicial.

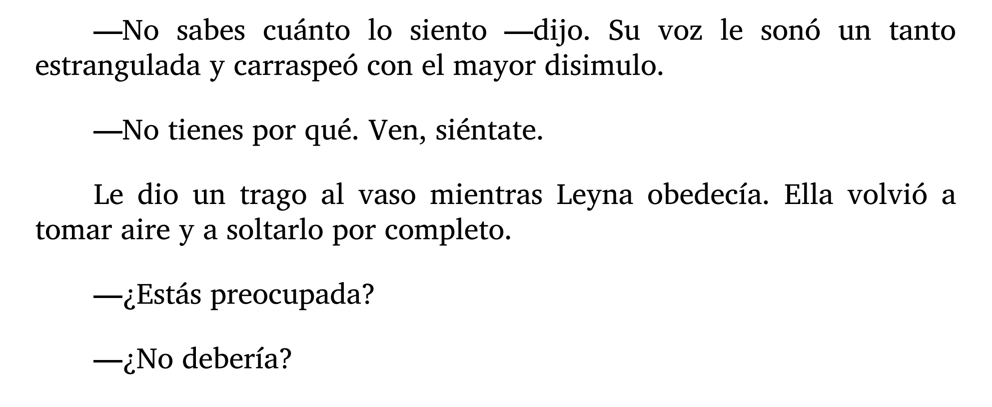
Derek asintió y le dio su palabra de que no cometería dos veces el mismo error. Ella sintió tal tentación de preguntarle qué sabía él sobre aquella mujer, que le ordenó que regresara al trabajo y se metió en la casa. En cuanto cerró la puerta, sus ojos corrieron escaleras arriba.

El resto del día transcurrió particularmente deprisa y, de repente, ya estaba atendiendo a Erika. El corazón se le había revelado varias veces y se mudó a su garganta en cuanto vio que se estaba poniendo el sol. No sabía qué esperar, pero no tanto por la reacción de su jefe como por lo que esta le haría sentir. Erika, que pensaba que su inquietud era por los policías, le aseguró que todo saldría bien.

Leyna postergó la despedida hasta que se hizo casi de noche. Quería hablar con Mikah antes de que aparecieran Norbert y Johann. En la casa, le recibió un silencio lleno de sus latidos.

—¿Eso no es miedo? —preguntó Mikah desde el salón.

Ella respiró hondo y se asomó por el hueco de la puerta. Él estaba sentado en el sofá con un vaso lleno de sangre en la mano, lo que significaba que había faltado a su tarea más importante.



—No sabes cuánto lo siento —dijo. Su voz le sonó un tanto estrangulada y carraspeó con el mayor disimulo.

—No tienes por qué. Ven, siéntate.

Le dio un trago al vaso mientras Leyna obedecía. Ella volvió a tomar aire y a soltarlo por completo.

—¿Estás preocupada?

—¿No debería?

—No. Ya lo tenía previsto.

—¿Ah, sí?

—Su móvil los ha llevado hasta aquí y hasta el río. Lo más lógico es pensar que se perdió en el bosque al volver al pueblo, tropezó con algo y se cayó por el barranco. Pero ellos tienen que ganarse su sueldo.

Parecía tan seguro de lo que decía que ella se sintió mejor, aunque también constató hasta qué punto lo que más la inquietaba era la suerte que pudiera correr él.

—¿Y la excusa que les he dado de por qué no podías salir?

Mikah bebió un poco más de sangre.

—Eres más lista de lo que piensas.

Leyna lo miró y él hizo lo mismo con ella, y solo el fantasma de su esposa le impidió robarle el beso que tanto ansiaba.

—No has errado en absoluto —añadió Mikah—, pero no quiero que vuelvas a hablar con nadie del tema sin que yo esté presente. Con nadie.

A Leyna le quedó claro que se refería a Erika y a su primo.

—No lo haré —prometió—. Pero ¿qué le digo a la policía si insiste?

—Que yo soy tu abogado.

Se puso en pie y se acercó a una silla de ruedas que tenía unido un gotero. No hacía falta que aclarase que de ese modo su supuesta

enfermedad parecería más creíble, pero no era lo único con lo que contaba para ello: un expediente médico la certificaba.

—Coge dos libros —dijo.

Leyna fue directa a por un título que cuando lo limpió pensó que debía de gustarle a su jefe. Pareció confirmárselo que él se fijase en la tapa y soslayase una sonrisa, y se sintió un poco más cerca de su persona, algo que la complació por mucho que supiera que se estaba traicionando a sí misma.

—Tenía pendiente releerlo —dijo Mikah, haciendo sonreír a Leyna—. Ya están ahí. No les ofrezcas nada de tomar.

Ella esperó a que sonara el timbre para ir hacia la puerta sin prisas y con un dedo metido entre las páginas de su libro. Los policías le dieron las buenas noches y la siguieron hasta el salón, donde la sorpresa se apoderó de sus rostros al ver a Mikah, impedido y casi sumido en la oscuridad.

—Leyna ya me ha puesto al tanto de todo —dijo él con la voz cargada de esfuerzo—. Discúlpenme por no haber podido atenderles, pero de día me es imposible. Esta es toda la luz que puedo tolerar.

—No se preocupe —dijo Norbert—. Tampoco tardaremos mucho.

Leyna vio como una buena señal tanto la condescendencia del policía como que ni él ni su compañero echasen mano de su libreta.

—¿Conoce al señor Adler Weber?

—Solo por lo que me ha contado Leyna. No puedo lamentar que haya muerto.

—¿Y qué puede contarnos de la noche que la señora Leyna Müller apareció en su casa?

—Pues que yo estaba aquí, en el salón leyendo un libro, y escuché cómo rompían un cristal. Fui a la cocina y me la encontré a ella llorando y hecha un manojo de nervios. Le dije que podía quedarse hasta por la mañana y le ofrecí llamar a la policía, pero no quiso. Y como no quería volver a su casa porque tenía miedo, le ofrecí trabajo. Hace meses que perdí a la mujer que me atendía, pero no me es fácil encontrar a alguien que quiera venir aquí a trabajar de noche.

Norbert y Johann se miraron el uno al otro. Este último le

preguntó a Leyna por qué razón no había llamado a la policía, aunque ya parecía saber la respuesta.

—Este lugar es más efectivo —contestó ella—. Y Adler me prefería muerta antes que exnovia.

Los dos volvieron a intercambiar una mirada con la que parecieron decirse que allí ya no tenían nada más que hacer.

—Bueno, gracias por su tiempo. Lamentamos las molestias.

—Ninguna —aseguró Mikah—. Solo hacen su trabajo.

—¿Quiere que la informemos sobre la resolución del caso? —le preguntó Johann a Leyna.

—No. Prefiero que no. No quiero saber nada más de él.

El policía asintió y abandonó el salón en primer lugar. Ella siguió a su compañero para cerrar la puerta de la entrada, y al volver al salón, se encontró con la sonrisa de su jefe.

—Nada como apelar a la compasión —dijo Mikah, arrancándose la vía y levantándose de la silla. Leyna vio algo negro salir de su piel, pero él enseguida se lo limpió—. Sírveme la comida.

EL FUTURO

En la mesa, ella pensó en la mujer guapa. Y después, mientras limpiaba el frigorífico, volvió a hacerlo. Por alguna razón, le preocupaba más que Marlene. Cuando se sentó de nuevo con su jefe, él le preguntó por qué estaba tan callada si todo había salido bien.

—Ya no tienes de qué preocuparte.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Conozco al juez al que esos dos podrían recurrir para pedir una orden de registro, aunque no creo que lo hagan. Y me encargué de limpiar cualquier rastro de la cocina. De todos modos, tú no hiciste nada malo.

Sus palabras y también la suavidad de su voz le resultaron a Leyna tan reconfortantes que dedicó una sonrisa a su jefe. Él enseguida clavó los ojos en su plato y eso la obligó a insistir:

—¿Y qué pasa contigo?

—De mí es de quien menos debes preocuparte.

—No es algo que se pueda controlar. Y quiero que sepas que no permitiría que esto te perjudicase más de lo que ya lo ha hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo lo traje hasta aquí.

—¿Y? Es imposible que tú lo llevases hasta el barranco.

—Pude empujarlo. En defensa propia, claro.

Mikah arrugó el entrecejo, pero apenas un instante. Soltó la cuchara, se echó hacia atrás en la silla y le dedicó a su criada una mirada cargada de advertencia.

—Quítate esa absurda idea de la cabeza —ordenó.

No podía haber dicho nada peor si lo que pretendía era convencerla.

—Yo no la veo absurda.

—Leyna.

—¿Qué?

—¿Tengo que recordarte la primera cláusula del contrato?

—Pero…

—Discreción es discreción. Si me acusaran, que no va a suceder, tú no dirás nada de nada. Yo me encargaría. Y ahora, termina de comer.

No tenía sentido discutir sobre un supuesto que Leyna esperaba con todas sus fuerzas que no llegara a darse nunca, pero, en cualquier caso, aquellas palabras la hicieron sonreír cuando su jefe no la estaba mirando.

Al meterse en la cama, la mujer guapa se adueñó de sus pensamientos y la hizo moverse para un lado y para otro. Llegó un momento en el que tuvo que ir al cuarto de baño, y luego fue a la cocina a prepararse una leche caliente. Sentada a la mesa, con sus

manos abrazando la taza, lanzó un hondo suspiro. No podía creer lo que le estaba pasando.

¿Qué demonios había sentido por Adler que era tan distinto a aquello? ¿Qué había sentido por Herman, su primer novio? ¿Por qué sucedía tan rápido y por qué estaba dispuesta a mentir a las autoridades para proteger a Mikah? ¿De verdad solo había una respuesta? ¿En eso se iba a convertir su estancia allí, en un triste amor no correspondido?

Se imaginó dentro de diez años, veinte, treinta, y el corazón se le encogió y de pronto rompió a llorar. Se levantó precipitadamente para abrir el grifo del fregadero, pero no solo ya era tarde sino que tiró la silla por el camino. Suplicó que su jefe al menos no viniera hasta la cocina, y estaba por jurar que sería así, aunque solo se estaría mintiendo a sí misma si no reconociera que le complació verlo en el hueco de la puerta.

—Estoy bien —aseguró, enjuagando la taza—. Ya me vuelvo a la cama.

Fue a salir al pasillo, pero él no se movió.

—¿No te he dicho que todo saldrá bien?

—Sí.

—¿Y por qué no me crees?

Leyna no contestó porque no sabía qué decir. ¿Sería un completo error sincerarse? ¿Qué era lo peor que podía pasar, que él la rechazara? Ya no pensaba que fuese a burlarse de ella.

—No tienes nada de qué temer —añadió Mikah—. Nadie volverá a hacerte daño.

—No puedes asegurarlo.

—Sí que puedo.

Leyna negó con la cabeza y se fijó en sus labios. Y como él ni volvió a hablar ni parecía dispuesto a apartarse, ella le agarró del cuello con ambas manos y cumplió por fin su deseo. Fue un beso corto y superficial, pero le gustó como ningún otro beso que recordase, aunque no fue nada comparado con el que Mikah le devolvió.

Entonces, de repente, él se detuvo y ella vio en su rostro que se arrepentía de sus actos. Aun bajo los efectos de un placer que la había hecho estremecerse como una hoja con la brisa, Leyna no atinó a decir nada antes de que su jefe, sin más, se diera la vuelta y avanzase hacia el vestíbulo. Le llamó, pero Mikah no se detuvo y poco después escuchó un portazo en el piso de arriba.

No faltaba mucho para el amanecer, así que era poco probable que él bajase antes de la próxima puesta de sol. Aunque sin mucha esperanza de conciliar el sueño, Leyna volvió a la cama, pero se levantó de nuevo al poco de empezar a oír el trajín de Derek en el jardín. Se preparó un sándwich y comió mientras se daba un baño, combinación que enseguida se convirtió en una de sus cosas preferidas en el mundo.

Ignoraba por completo qué iba a decirle a Mikah cuando volviera a verlo. No necesitaba ni cerrar los ojos para recordar con viveza su boca, y si no fuera porque temía que él la oyese, se habría manoseado centrada en ello. Pero, aunque su deseo era correspondido, si Mikah se había marchado era porque ella tenía razón y él seguía pensando en otra, fuese quien fuese.

Bueno, ¿y qué? Ella también lo hacía, en cierto modo. Quería olvidar a Adler, pero él le había hecho demasiado daño durante demasiado tiempo y no había sido el único: compañeros de clase, que la despreciaron por no pesar lo mismo que otras chicas, compañeros de trabajo, que se aprovecharon de ella siempre que pudieron, y sus compañeras de piso, para las que no había sido más que una parte del alquiler. No confiaba en lograr ser para Mikah una novia ni nada similar, quisiera él lo que quisiera.

Aunque claro que sabía que se estaba arriesgando a que le partiesen el corazón. Él le gustaba mucho y nada le garantizaba que aquello no se acabase convirtiendo en algo muy serio; de hecho, le parecía lo más probable. Pero en esos momentos la alternativa le convencía menos aún. Si los dos podían consolarse el uno al otro, ¿no era esto acaso mejor que nada?

Sí, estaba acostumbrada a conformarse, a ser condescendiente con los demás, a que sus prioridades quedasen siempre debajo de las del resto.

—No debió pasar.

Leyna dio un respingo y miró hacia la puerta del despacho. Allí

estaba su jefe, devolviéndole unos ojos cargados de tristeza. Ella no se había esperado su compasión y mucho menos la quería.

—¿Ya es tan tarde? Perdona, voy a preparar la comida.

Mikah no se apartó, como en la cocina, y a ella le fue imposible no fijarse un instante en sus labios.

—No te preocupes —dijo Leyna—. Haremos como si nada.

Él mantuvo la posición y el silencio mientras observaba todo su rostro, bajando hasta su cuello. Leyna comprendió entonces que la tristeza no era por ella sino por sí mismo.

—Eso no es un problema —aseguró.

—Sí que lo es.

—No. En absoluto.

Mikah volvió a recorrerla como si intentase descubrir la mentira en sus facciones.

—¿Y qué es lo que quieres, exactamente?

—Compañía —dijo ella como si la respuesta fuese evidente.

—¿Nada más?

—No pretendo que dejes de querer a esa mujer.

Él frunció el ceño y Leyna se sintió abrumadoramente confusa y estúpidamente esperanzada.

—La mujer guapa —insistió ella—. O Marlene o quien sea.

Los dulces labios de Mikah se curvaron en una sonrisa amarga.

—No quiero hablar de eso, pero no por esa razón. Y Marlene era más como una madre para mí.

Con el pulso loco, Leyna miró hacia otro lado porque se le habían humedecido los ojos. El roce del aliento de su jefe en su mejilla la hizo temblar.

—Lamento tener que rechazarte —dijo Mikah en voz muy queda—, pero no estoy dispuesto a pasar otra vez por todo.

Le dio un suave beso en la frente. Cuando pretendió alejarse, ella no pudo contenerse y lo agarró del brazo.

—Te digo que no tiene que ser nada serio.

—Eso no se me da bien.

Una parte de ella se alegró profundamente.

—Al menos, ¿puedo abrazarte y besarte de vez en cuando? Tú puedes hacer eso.

—Ni siquiera puedes decirlo.

Leyna lo miró a los ojos.

—Puedes comer de mí —aseguró.

Él se fijó en su cuello, pero nada más. Ella, alentada por la resistencia de Mikah, se le acercó despacio y logró rodearlo con los brazos, apretándose contra su cuerpo y sintiendo su respiración en la piel. Esperó y sintió entonces sus labios, y siguió esperando hasta que por fin él la acarició con algo afilado. Y esperó sentir dolor, pero no sintió nada más, ni nada menos, que un vínculo profundo mientras oía cómo Mikah se tragaba su sangre.

Supo que él había terminado cuando lo sintió lamer la zona. Apoyó la cabeza en su pecho, descubriendo un corazón que latía tan despacio que al principio pareció no hacerlo en absoluto, y Mikah no tardó en corresponderle el abrazo. Y así se quedaron los dos un buen rato, pegados el uno al otro y sin mentar palabra alguna, mientras Leyna no podía creerse que aquello existiera y mucho menos que pudiera ser para ella. ¿Sería capaz de convencerlo de que les diera a ambos una oportunidad? ¿Sería capaz de dársela ella a sí misma?

Mikah la besó en la cabeza antes de apartarla para mirarla a los ojos. Los suyos le resultaron a Leyna más bonitos que nunca, y sus labios, más apetecibles si cabe, pero fue él el que la besó a ella.

—Vamos a lamentarlo —susurró Mikah—. No sabes nada de mí.

—Algo sí que sé.

—Casi nada.

—Pues dime. Soy todo oídos.

Él volvió a besarla y a volver a hacerlo.

—No me verás igual.

—¿Y no es eso lo que has pretendido desde el principio?

Esta vez, ella lo besó a él. Y los dos alimentaron el contacto durante varios segundos seguidos.

—Tengo hambre —murmuró Mikah.

Leyna acunó su rostro con las manos y le dio un último beso. Cuando volvió a verlo, en el comedor, había unos papeles frente a su silla: su contrato de trabajo y otro contrato distinto que estaba escrito completamente con estilográfica.

—Es un acuerdo de confidencialidad —aclaró él—. Rescindiré tu contrato cuando lo hayas firmado.

—¿Rescindir?

—Anular.

—Ya sé lo que es —protestó ella poniéndose en jarras—. ¿Me estás despidiendo?

Mikah sonrió.

—Me gustaría que te siguieras ocupando de la casa y de mí, pero tienes que dejar de ser mi criada.

—¿Por qué?

—Creo que es evidente.

—¿Y qué diferencia habrá?

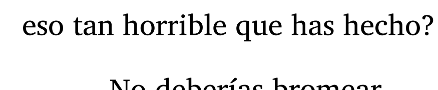
—Podrás salir de aquí.

Se centró en su plato y a Leyna le pareció, una vez más, que su jefe solo intentaba alejarla de él.

—No me voy a ir —le advirtió.

—Lo harás —aseguró Mikah.

—No tiene sentido discutir sobre el futuro. Si firmo, ¿me contarás


eso tan horrible que has hecho?

—No deberías bromear.

—No lo hago. Hablo en serio.

—Pues no lo parece. Creo que crees que no es para tanto.

—Con tanto misterio, solo vas a conseguir que me decepcione.

Él se quedó mirándola y luego clavó esos ojos suyos en los papeles.

—¿Y podré subir arriba?

Mikah se limitó a retomar su cena. Aunque su silencio descartaba una negativa, Leyna temía errar con él más que nunca y por eso insistió:

—¿Salir de aquí sería la única diferencia?

—¿Te parece poco?

Ella jugueteó con su cubierto.

—Habla, mujer. Es inútil que intente averiguarlo.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre me sales con algo que no espero.

Leyna se sintió muy halagada.

—Me preguntaba si será como ser la señora de la casa.

Mikah volvió a clavar en ella su mirada y Leyna no pudo sino sonreír. Entonces, ella le reclamó su sueldo para seguir haciéndose cargo de sus propios gastos y los ojos de él se fijaron en el acuerdo. Una cifra captó enseguida la atención de ella. Una cifra con muchos ceros.

—Tu finiquito —dijo Mikah.

—¿Estás loco?

—Nunca me lo habían dicho por algo relacionado con el dinero.

Ella revisó la cifra y escrutó el rostro de su jefe. Los ceros seguían

ahí y él no parecía estar bromeando en absoluto.

—Hablamos de rescindir un contrato vitalicio —se defendió Mikah.

—Este acuerdo no es un modelo. Lo has hecho tú mismo. ¿Estás sobornándome?

Él miró sus labios y después su cuello.

—¿O es una prueba?

Leyna no le concedió más de un segundo para contestar. Acababa de encontrar una excusa para no firmar aquel acuerdo y así no arriesgarse a enfrentar el hecho de que no quería la libertad de poder irse. Si lo pensaba dos veces, la locura era quedarse. Mikah la alcanzó antes de que saliera del comedor y la llevó hasta la pared, cercándola con sus brazos.

—¿Qué haces? ¡Aparta!

—No lo entiendes.

Sonaba desesperado, y eso la hizo ceder, también porque le había encantado su reacción y porque podía entender perfectamente que él quisiera protegerse.

—Explícamelo.

Mikah suspiró tan hondo que ella tuvo que abrazarlo.

—Vamos. Seguro que tiene solución.

—No la tiene. Pasará el tiempo y… Y al final, de un modo u otro…

Entonces, Leyna lo entendió. Pero no le preocupó que no tuviera sentido, que fuera contra toda lógica, que pareciera una broma o una mentira. En lo único en lo que pudo pensar fue en cuántas pérdidas habría tenido que soportar él para llegar a la conclusión de que estaba mejor solo.

—¿No podemos centrarnos en el presente? Yo hago el esfuerzo de dejar a un lado el pasado y tú haces lo mismo con el futuro.

—Es que no solo es eso. No he tenido mucha suerte con las mujeres. Con que confiar en ellas no acabase muy mal.

—Los dos nos merecemos algo mejor. ¿No crees que yo pueda ser ese algo?

—No entiendo de qué manera podría serlo yo para ti. Soy mucho peor que ese chico.

—¿Vas a maltratarme?

—Nunca he pegado a una mujer, pero he matado a varias. Y a muchos hombres. Más de los que recuerdo.

Una pregunta quemó la garganta de Leyna hasta que ella ya no pudo retenerla más:

—¿Qué edad tienes?

—¿Eso es lo que más te interesa?

—Bueno, creo que es muy importante. Me serviría saber si te criaste en otra época y de cuánto tiempo estamos hablando para cometer esos crímenes.

—¿Para excusarme?

—Para entenderlo.

Mikah se quedó en silencio. Ella reafirmó su abrazo y esperó.

—Nací en el siglo XV. Sí, era una época propicia para la violencia y siempre obraba bajo órdenes ajenas, pero eso no me quita culpa. Iré al infierno igual.

—¿Infierno?

—Mi existencia es una prueba de que algo hay.

—Pero ¿cómo vas a ir si no… Bueno, si no vas a morir.

—Ya estoy muerto. Desde los treintaidós años. Esto que soy ahora no es estar vivo.

—¿Entonces? ¿Qué puede pasarte?

Él no contestó y Leyna recordó de repente una de sus primeras conversaciones.

—Ese alguien que es más fuerte que tú… ¿Puede acabar contigo?

—Si me encuentra.

Ella lo apretó con sus brazos mientras rezaba para que aquello no sucediera nunca. Mikah acarició su cabello.

—Hay algo más —agregó—. Algo que puede que te importe más que nada.

—¿No dices que siempre te sorprendo?

Él le dio un largo beso en la cabeza.

—No puedo tener hijos.

La primera réplica que se le ocurrió a Leyna fue que solo hacía unos días que se conocían. La segunda, que ella era joven aún para pensar en esas cosas. Y la tercera, la única realmente válida, fue la que dijo en voz alta:

—Hay muchos niños solos en este mundo. Si llegamos a ese punto, podríamos acoger a alguno.

Mikah volvió a besarla y a volver a hacerlo.

—No me refiero solo a eso.

—¿No puedes…

—No. Es una consecuencia de mi estado.

Leyna pensó en tantas cosas como podían hacer juntos a pesar de aquello que notó que se le prendía la cara.

—Bueno, hay muchos juguetes y… tienes manos y boca.

Él la hizo enfrentarlo, mostrándole un rostro dominado por la seriedad, y replicó:

—Claro que te mereces algo mejor, Leyna. Por eso, debes firmar ese acuerdo e irte de aquí. No soy lo que mereces. De hecho, creo que deberías tomarte un tiempo para ti misma. Te han herido y yo te ayudé cuando más lo necesitabas. Es solo eso.

Ella le dio un manotazo.

—No me digas lo que siento. Y no mientas. Solo quieres alejarme.

—No es eso.

—¿De verdad? ¿Y qué pretendes que haga? Sabes que no tengo a nadie.

—Has congeniado con Erika. Es cuestión de tiempo que conozcas a más gente que sea buena contigo. No me necesitas.

—Si lo dices en serio, entonces tú estás siendo bueno conmigo. Quiero quedarme aquí.

Los ojos de Mikah se cargaron de complacencia. Ella volvió a abrazarlo.

—Sí, necesito recuperarme, pero por eso no deberías abandonarme.

—No es eso lo que estoy haciendo.

—Te repito que yo no te he pedido que seamos pareja ni nada. Sí, me gustas en ese sentido, pero sé que no estoy preparada para otra relación. Y tú tampoco quieres tenerla, ¿no? ¿Qué problema hay en que sigamos viviendo juntos?

—¿Lo preguntas en serio?

—¿Crees que yo no tengo miedo? No quiero sufrir más por nada del mundo. Pero nunca me había sentido tan a salvo ni he podido ser tanto yo misma. Nunca. Por favor, no me quites eso porque creas que es lo mejor para mí. Firmaré ese acuerdo, si tanto te importa. Deja que me vaya cuando yo quiera, a menos que sea eso lo que quieres tú.

—No —repuso él enseguida, haciéndola sonreír.

Leyna buscó sus labios con los propios y Mikah alimentó el beso.

—No me has contestado —dijo ella poniendo un dedo entre ambos—. ¿Voy a ser la señora de la casa o no?

Él sonrió y agarró su mano para besarla también.

—Ya lo eres.

Pasaron el resto de la noche en el sofá del salón, entre besos, caricias y sucesos del pasado e ignorando sus obligaciones. Leyna se sintió muy unida a Mikah, le comprendía y se sentía comprendida, y estaba deseando acompañarlo a dormir. Pero cuando alcanzaron el vestíbulo, el pie de las escaleras, ella le vio reticente y decidió que podía esperar un poco más, limitándose a besarlo de nuevo para despedirse.

La despertó el dolor. Enseguida se miró las bragas, y allí estaba la sangre de todos los meses. Rebuscó en el cajón de la mesilla de noche y fue a la cocina con la tableta de pastillas a por un vaso de agua, y luego se metió en el baño para ponerse aquello que Erika le había traído. Pronto echó de menos su móvil para poder ver algún tutorial.

Dobló aquello de todas las maneras y se colocó en todas las posiciones, pero no entraba de ningún modo. Al final, se tumbó en la cama, respiró hondo y se imaginó que era un consolador. Y muy despacio, lo logró por fin, aunque enseguida se sintió incómoda. Supuso que se acostumbraría con el tiempo, así que empezó a trajinar.

Sin embargo, las molestias no cesaron y cuando fue al cuarto de baño, tenía las bragas manchadas. Algo debía de estar haciendo mal. A la espera de volver a ver a Erika, para preguntarle, se quitó aquello y puso en su lugar un trapo de limpiar los cristales, bien doblado y combinado con papel higiénico. Pero empezó a no poder pensar en mucho más que no fuera en cómo se sentiría Mikah en esos momentos, y terminó abandonando la casa.

Derek la miró ceñudo nada más verla, pero no se opuso en absoluto a que ella lo ayudase a limpiar la piscina, más bien al contrario. Y empezó a contarle cosas de él, cosas que había hecho o dejado de hacer, como si fueran grandes logros. Sí, para ser tan joven había vivido bastante más que Leyna, pero sus intentos de impresionarla solo provocaron en ella aún más ganas de que llegara la noche.

Comieron juntos en uno de los bancos de hierro y entonces él le preguntó por qué no quería estar dentro de la casa. Con despreocupación, Leyna contestó que llevaba una semana encerrada y que le había apetecido pasar un buen rato al aire libre.

—Pero tranquilo, que no voy a descontarte nada.

Derek se rio y luego se fijó en la casa, en las ventanas cegadas con cortinas, y su expresión se tiñó de una curiosidad que a ella le era demasiado familiar.

—¿No lo ves en todo el día?

—Nadie duerme tantas horas.

—¿Entonces?

—Sabes que no es asunto tuyo, ¿verdad? Pero bueno, te lo diré: la planta de arriba está adaptada para que él pueda hacer vida sin que le dé la luz natural.

—Pobre hombre.

Siguió mirando la fachada mientras Leyna se contenía para no hacer su propia pregunta.

—Debe de ser difícil aguantar una situación así —añadió Derek—. Sin poder salir a dar un paseo o lo que sea. Yo era un crío cuando él estuvo con esa mujer, pero recuerdo perfectamente cómo la criticaba mi madre. Decía que se creía mucho. Pero a mí me parece que ella no sería tan mala cuando aceptó estar con él, ¿no? Aunque también pudo ser por el dinero.

Leyna se sintió tan dolida como si acabasen de insultarla a ella.

—No sé lo que pasó, pero no hables como si al señor le hicieran un favor por estar con él. En todo caso es al revés.

—¿No lo conoces de solo una semana?

—Pues en estos días me ha tratado mejor que nadie.

—¿En serio?

Había compasión en sus ojos y Leyna le retiró la mirada.

—No he tenido suerte con la gente y punto. Bueno, sigamos con el trabajo.

Recuperó su cepillo y se dispuso a usarlo, pero él le agarró un brazo. Su cuerpo reaccionó con un rechazo que no entendió muy bien y el cepillo acabó en el suelo. Derek enseguida levantó las dos manos, mostrándole ambas palmas.

—Tranquila, no te voy a hacer nada —dijo con suavidad.

—No, no te preocupes. Estoy bien.

Cogió de nuevo el cepillo, pero no tardó demasiado en necesitar irse a la casa. Se metió en el despacho de Mikah y se acurrucó en su sillón, hincando la nariz en el cuero. Poco después, escuchó el timbre.

—Lo siento mucho —dijo Derek en cuanto ella abrió la puerta—. Por llamar y por lo que sea que haya hecho.

—No has hecho nada —aseguró Leyna—. Es que… no me gusta que me toquen.

—Claro, claro. No volveré a hacerlo. Te lo prometo.

Regresó a su labor. Ella miró a su espalda, escaleras arriba, y suspiró. No quería salir de la casa, pero aún restaban varias horas para que se pusiera el sol.

Por fin, vio la furgoneta de Erika al otro lado de la verja. Ella le explicó otra vez cómo usar la copa menstrual, y aunque Leyna no recordaba haber cometido ningún error, en cuanto pudo volvió al cuarto de baño para ponérsela. Pero seguía molestándole, hiciera lo que hiciese, y de repente empezó a sollozar.

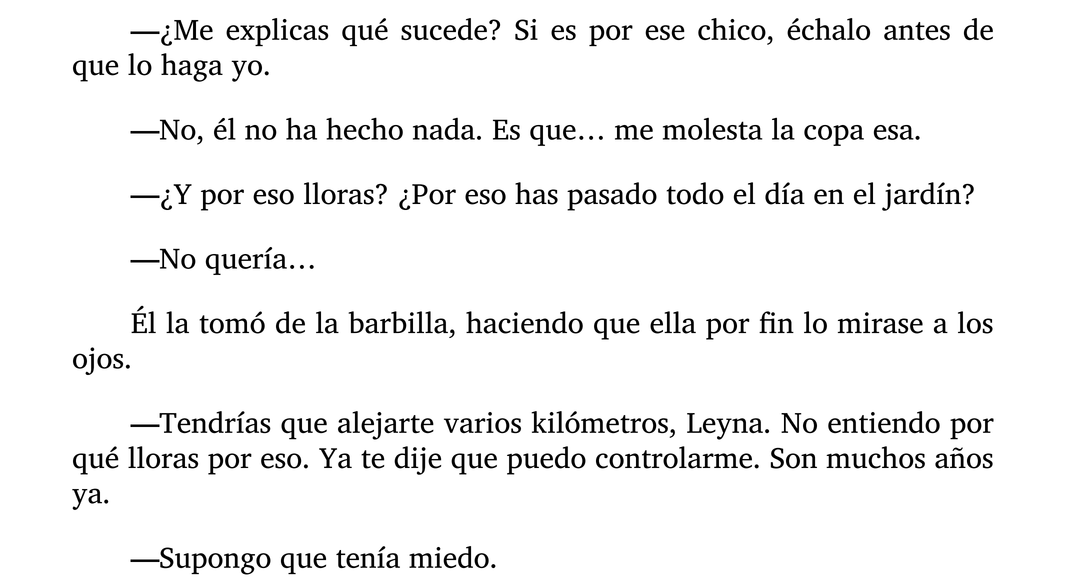
Intentó tranquilizarse con respiraciones lentas y profundas, hasta que se percató de que apenas había ya luz natural y se le encabritó el corazón. ¿Qué temía tanto? Él no iba a hacerle daño. No iba a castigarla porque había hecho algo mal. No iba a hacerlo. Se lavó la cara y se dirigió hacia la cocina mientras se repetía aquello una y otra vez.

Estaba terminando de preparar su comida, aunque no tenía nada de hambre, cuando vio a Mikah en el hueco de la puerta. Apenas lo miró, por lo que no descubrió su expresión. Él se acercó a la mesa y se sentó en una silla.

—¿Comemos aquí? —preguntó ella yendo a lavarse las manos.

—Ven.

Leyna se giró y encontró la mano de él reclamando la suya, y decidió aceptarla para acabar sentada en el regazo de Mikah. Él la besó en la frente, después en la nariz y por último en los labios.



—¿Me explicas qué sucede? Si es por ese chico, échalo antes de que lo haga yo.

—No, él no ha hecho nada. Es que… me molesta la copa esa.

—¿Y por eso lloras? ¿Por eso has pasado todo el día en el jardín?

—No quería…

Él la tomó de la barbilla, haciendo que ella por fin lo mirase a los ojos.

—Tendrías que alejarte varios kilómetros, Leyna. No entiendo por qué lloras por eso. Ya te dije que puedo controlarme. Son muchos años ya.

—Supongo que tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Pues… Que estaba acostumbrada a que mis actos tuvieran alguna consecuencia. No es que creyese que fueses a hacerme algo, pero… No sé. Tampoco sé por qué he reaccionado así con Derek. Pobre chico.

—Con el tiempo estarás mejor. ¿Y por qué has ido a mi despacho? ¿Es que me necesitabas?

—Quizás. Pero no te preocupes por eso.

—Ojalá hubiera podido bajar antes. Como cuando te caíste en el jardín.

—¿Qué quieres decir? La luz…

—No es solo por eso.

—¿Por qué?

Mikah suspiró y solo dijo que tenía hambre. Leyna se ofreció, y él recorrió con besos su mandíbula hasta llegar a su cuello. Al terminar no se apartó, sino que siguió besándola, alcanzando su oreja y logrando pronto arrancarle un gemido.

—Entonces ¿puedo usar otra cosa?

—Como señora de la casa, no te puedo prohibir nada, pero sí que

te pido que no uses compresas comerciales. Tienen un olor muy desagradable. Hay unas que son de tela. Marlene las usaba.

Leyna asintió. Mikah le dio un beso más en la mejilla y ella le dio a él un abrazo.

—¿No has visto que en el acuerdo no pone nada de subir arriba?

A Leyna se le aceleró el pulso.

—Sigo sin querer que me veas, pero si me necesitas…

—¿Puedo? No, si no quieres, no.

—Querría saber qué te parece, pero me temo que solo voy a asustarte. Aunque ya he debido hacerlo muchas veces y no ha sido así.

Ella buscó sus ojos hasta encontrarlos.

—Quiero ver lo que sea —dijo con firmeza.

Después de comer, se instalaron en el salón como la noche anterior y Mikah por fin accedió a hablar de la época en la que vivió. Leyna concluyó que definitivamente ella debía de ser idiota o estar loca, porque de todo lo que le contó él, de todos los horrores, lo que más le afectó fue saber que había tenido más de una esposa.

—¿Qué piensas? —preguntó Mikah cuando ambos se sumieron en el silencio.

—Que eran otros tiempos —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿Seguro?

—Sí. Y la guerra es así, supongo.

—¿No me estás excusando?

Leyna chasqueó la lengua. Tenía más ganas de ser sincera que de no quedar en ridículo.

—Sé que son más de quinientos años, pero ¿con cuántas mujeres has estado?

Mikah soltó el aire de una sonrisa escéptica justo antes de reírse con ganas. Y siguió haciéndolo, como si ella le hubiera contado un chiste muy bueno, hasta que Leyna se cabreó e intentó marcharse de

allí. Él la agarró y la rodeó con sus brazos.

—Me he casado cuatro veces, aunque la primera fue por decisión de mis padres. La segunda y la tercera terminaron conmigo huyendo porque ellas hablaron con quien no debían, y la última… Bueno, creo que prefiero la traición. Con ella podía ser yo mismo, sí, pero cuando se fue…

No concluyó y no la miraba, y Leyna, más apenada que celosa, lo besó en la mejilla.

—Lo siento mucho. Pero hay algo que no me cuadra: ¿por qué no hay una fila de mujeres queriendo estar contigo? Como en las pelis.

Mikah sonrió y le devolvió el beso en los labios.

—Las pelis no tienen en cuenta el peligro al que me expongo solo por contártelo. El rechazo no me impide seguir existiendo, pero sí decírselo a quien no debo. Y tampoco me vale que me idolatren. Lo probé en mi época, cuando no tenía que esconderme, y para eso prefiero estar solo por completo.

—¿Y no me vas a decir qué peligro es ese?

Mikah no contestó.

—¿Crees que yo le diría algo a alguien? Al margen de ese acuerdo.

Él reforzó su abrazo y ella hizo lo mismo. Leyna le aseguró que no lo estaba presionando, que solo quería que tuviera clara su discreción, y entonces, Mikah le contó cómo se había convertido en lo que era. Cómo la mujer que lo había hecho se había vuelto contra sus creaciones y las había perseguido durante siglos. Cómo, si algún día conseguían dar con él, lo destruirían por completo.

—Eso no va a pasar —prometió ella.

—Ha pasado con todos los demás.

—No pasará contigo.

—Es cuestión de tiempo, Leyna. Llevo siglos perfeccionando mi habilidad para permanecer oculto y acaba de visitarme la policía. Al final, me encontrarán.

—Y… ¿no podría acompañarte hasta entonces?

—Solo un aquelarre es capaz de crear a alguien como yo. ¿Querrías serlo?

—No tengo ni idea —admitió ella—. Lo que querría es tener la oportunidad de estar contigo un tiempo indefinido, y protegernos el uno al otro. ¿Tú crees que debería querer?

—No. No quiero esta existencia para ti, Leyna. Pero entiendo que la posibilidad de desaparecer es siempre preferible a la certeza, y yo, la verdad, preferiría que pudieras seguir conmigo…

—¿Recuerdas lo que te dije? Intentemos no pensar en el futuro. Ahora nos tenemos el uno al otro. Eso es lo que importa.

Reclamó su boca y los dos se besaron.

—¿Quieres ir a mi habitación? —susurró él.

Ella le contestó con un beso. Mikah se puso en pie y la cogió en brazos para llevarla escaleras arriba. A esas alturas Leyna ya no sabía qué esperar, pero de todos modos él solo le mostró un largo pasillo y lo que había más allá de la segunda puerta a la izquierda. Y era una habitación bastante similar a la suya.

—¿Te encargas tú de la limpieza?

Mikah sonrió y la colocó sobre la cama, subiéndose encima de ella.

—Dime qué te imaginabas que había —pidió besándola en el cuello.

—No fue lo mismo tras ver el sótano.

—¿Por qué?

—Si tenías una mazmorra, habría estado ahí.

Él le mordió la oreja y empezó a quitarle el vestido.

—¿Qué hay en las otras habitaciones? —preguntó Leyna mientras le desabotonaba la camisa.

—Ya lo verás mañana.

Combinó sus manos y boca con la sorpresa de un consolador muy efectivo, y como él no se cansaba, no pararon hasta que Leyna se lo

pidió. Mikah fue a por una buena cantidad de sangre y luego los dos se acurrucaron el uno en el otro, compartiendo entonces palabras hasta que llegó el amanecer. Y sí, ella se asustó al verlo, pero acto seguido se quedó mirándolo como si de un bello paisaje se tratase, absorta en su suerte.

Un par de semanas después, Mikah tomó una decisión. No quería permanecer allí más tiempo y esperaba que ella lo acompañase a un piso que poseía en Berlín. Le aseguró que se mudaba porque le había saturado vivir tan aislado, pero Leyna tuvo bastante claro que si no por completo, aquello era en gran parte por ella. Sobre todo, cuando le reveló que le había conseguido una plaza en una academia de preparación del acceso a la universidad.

Una decisión que a Mikah le costó su existencia, el día que su supuesta enfermedad levantó demasiadas suspicacias, pero que, en cambio, le brindó a Leyna la oportunidad de recuperar su amor propio. La oportunidad de tener un buen trabajo. De rodearse de personas que la querían. La oportunidad, en definitiva, de ser feliz.

Y ella siempre recordaría con gran amor al hombre que, pese haber sido un monstruo, la ayudó cuando más lo necesitaba.

Nota de la autora

Esta historia ha llegado a su final, pero nunca descarto continuaciones. Si quieres estar al tanto, de esta y de todas mis obras, dispones de mi web:

Sobre la autora

Devorando las historias de los demás, me di cuenta de que quería escribir las mías propias. Había cosas que quería decir y cosas que me habría gustado leer. Historias que nadie contaba, no al menos como a mí me habría gustado que lo hicieran. Pero el miedo a ser juzgado puede ser más difícil de vencer que el más grande y fiero de los dragones, y por eso, me vestí con un seudónimo y empecé a compartir en red. La acogida me sorprendió y aquí estoy ahora, arriesgándome un poco más.

He estudiado Historia del Arte y me estoy preparando las oposiciones para ser profesora de Geografía e Historia, y lo compagino como puedo con mi pasión por la escritura. Escribo Romántica y Fantasía, aunque publico sobre todo de lo primero y suelo incluir contenido sexual más o menos explícito. Me gusta escribir sobre personas que tienen alguna característica por la que crean algún rechazo, tratando de brindarles la felicidad que todos merecemos.



Table of Contents